

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

SABOR A MUERTE

Clark Carrados



SS

SERVICIO SECRETO



CLARK CARRADOS

SABOR A MUERTE

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.490

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 42.456 - 1978
Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: febrero, 1979

© Clark Carrados - 1979
Texto

©Deslio - 1979
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2 Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o
hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Tálleles Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1979

CAPÍTULO PRIMERO

Los dos hombres que viajaban en el automóvil parecían un tanto enojados, aunque su discusión no tuviese en ningún momento caracteres de violencia. El coche se había detenido en el borde de una carretera poco transitada. Uno de ellos dijo que tenía que apearse irnos momentos.

—Volveré enseguida —aseguró al conductor.

El conductor quedó en el mismo sitio, contemplando distraídamente el profundo barranco, al cual se llegaba por el terraplén, bastante inclinado y de unos cien metros de largo. En el fondo, abundaban los árboles y las malezas.

Un pesado camión de carga asomó por la curva, trompeteando sonoramente. El conductor lanzó una mirada distraída al hombre que permanecía tras el volante del coche. Luego, preocupado por lo sinuoso del trazado, apartó la vista y la fijó en la ruta que debía seguir.

Un minuto más tarde, el otro hombre volvió al coche, subiéndose la cremallera de los pantalones.

—Estaba a punto de reventar —sonrió. Sacó del bolsillo posterior un frasquito plano de metal y desenroscó el tapón—. Ben, hagamos las paces, diablos; al fin y al cabo, la cosa no tiene tanta importancia. Anda, toma un trago y olvidemos lo pasado.

El conductor lanzó un gruñido y aceptó el frasco, del que bebió un largo trago, ávidamente, sin respirar. Al quitarse el gollete de los labios, emitió una interjección.

—¿A qué diablos sabe esto? —Gruñó.

El otro no contestó. Tenía aplicado el gollete a la boca, pero sólo simulaba beber; ni una sola gota de licor pasó a través de sus labios. Al terminar, sonrió satisfecho.

—¿Qué tal, Ben? —preguntó.

—Horrible. Tenía un gusto espantoso. Sabía...

—Tenía sabor a muerte.

El conductor miró asombrado a su acompañante.

—¿Qué demonios estás diciendo?

—Sabor a muerte, Ben.

—No... entiendo...

La voz del conductor se había hecho repentinamente insegura.

—Canalla... Quieres matarme...

De pronto, todo su cuerpo sufrió una terrible convulsión. El otro le miraba con interés meramente académico.

Unos segundos después, el conductor yacía desmadejadamente en su asiento. Todavía no había muerto, sin embargo; al asesino le convenía que viviese unos segundos más, los justos para dar el contacto, poner la palanca del cambio en su puesto y soltar el freno de mano. Hizo girar un poco el volante y el coche se acercó lentamente al terraplén.

El asesino contempló el viaje del vehículo hasta el fondo del barranco, con la sonrisa en los labios. El coche, que llegó al final de su trayecto con tremendo ímpetu, se estrelló ruidosamente contra el tronco de un árbol. Rebotó lateralmente, chocó contra una piedra y empezó a arder.

Sería una autopsia de rutina. El fuego consumiría las vísceras del muerto. Aparte de eso, a nadie se le ocurriría pensar que el accidente había sido provocado, lo que excluía una investigación médica a fondo. Silbando tenuemente, caminó unos centenares de metros, hasta el lugar donde la víspera había dejado escondido otro coche. A los pocos momentos, arrancaba en dirección opuesta, satisfecho del éxito de su plan.

Cada vez que Stuart Perkins veía a Mabel Chilton, sentía que se le aceleraba el pulso. Estaba silenciosa y rendidamente enamorado de la hermosa joven, pero era lo suficientemente sensato como para saber que Mabel no accedería jamás a sus pretensiones.

En primer lugar, sólo se conocían de vista y aun así, dudaba mucho de que ella se hubiese fijado en él. En segundo lugar, era preciso tener en cuenta la timidez de Perkins para el trato con las mujeres. Y, en tercero, a ojos del infeliz enamorado, Mabel era como una especie de princesa de cuento de hadas y, naturalmente, no iba a reparar en un insignificante vasallo que, además de no ser alto y atlético, no era lo que se decía un arquetipo de la belleza

fisonómica masculina.

A decir verdad, Stuart Perkins era un tipo más bien comente, como hay millones. Metro setenta y dos, pelo castaño, tirando más bien a oscuro, facciones corrientes, tipo vulgar... Como se suele decir, nada del otro mundo.

En cambio, Mabel... Alta, distinguida, exquisitamente formada, elegantemente vestida en todo momento, sin estridencias que habrían destruido el atractivo que emanaba de su figura, de ademanes mesurados y voz que hacía soñar en mil historias de amor... El conjunto quedaba completado por una cabellera que parecía un casco de bronce y unos ojos entre grises y verdosos, que no tenían igual en el mundo. Para Perkins, claro.

Pero Mabel era la princesa y Perkins el sapo que croaba a la orilla del camino. Aunque trabajaban en el mismo edificio, sus empleos estaban ubicados en empresas distintas.

Aquel día subieron en el ascensor juntos... con doce personas más. Como de costumbre, Mabel no se fijó en el hombre de traje gris y corbata oscura, que llevaba una cartera pendiente de la mano derecha. Realmente, Perkins no era un tipo tonto y, dentro de la empresa, había alcanzado un puesto relativamente elevado. A veces, incluso, debía tomar decisiones de importancia y, hasta el momento, siempre había aceitado.

Perkins estimaba que debía ganar más y tener otro despacho; privado, y con secretaria, por supuesto, no para disponer de una chica joven y atractiva a la cual perseguir de cuando en cuando, sino porque conocía bien su propia valía y sabía que concederle lo que deseaba no sería sino un acto de justicia.

Pero cuando subía en el ascensor, no pensaba siquiera en sí mismo, sino en lo que sería la vida, casado con la arrebatadora Mabel Chilton. Una vida plácida, feliz, de amor eterno, con dos o tres chiquillos correteando por el césped del jardín, mientras ellos paseaban con las manos tiernamente juntas...

El ascensor se paró y la pompa irisada de sus sueños hizo «plop» y Perkins tuvo que volver a la realidad. Ahora debía enfrentarse con el director de la empresa, Ralph J. Webster y darle cuenta de las gestiones realizadas la víspera.

Diez minutos más tarde, Webster, un tipo cincuentón, grueso, sanguíneo, de bigote de cepillo y manos que más parecían de

cavador de zanjas que de director de una importante empresa de asesoría jurídica y financiera, estaba despotricando contra todos los empleados inútiles y obtusos en general y contra Perkins en particular.

El joven, porque Perkins lo era, ya que acababa de cumplir los veintinueve años, se sentía atónito ante la sarta de invectivas que le dedicaba su jefe, ya que creía haber realizado la gestión correctamente, en el sentido adecuado y a satisfacción del cliente. La furia del señor Webster llegó a tal extremo, que arrojó a un lado el conjunto de documentos que Perkins había traído en su cartera.

De repente, sin saber por qué, Perkins sintió que algo iba a hacer explosión en su interior. Veía a su jefe al borde de la apoplejía, con la cara tan roja como si se la hubiese pintado con minio, pero que el hombre explotase como una bomba o no, le importaba ya muy poco.

Sobre la mesa de despacho, había un artístico juego de tinteros. Tranquilamente, Perkins agarró el de la tinta roja y, sin pronunciar una sola palabra, lo vació sobre la cabeza de su jefe.

Pareció como si a Webster le dejasen sin habla. Abrió la boca estúpidamente; sus groserías habían sido sustituidas por unos sonidos inarticulados que, en opinión de Perkins, tenían mucho parecido con los gruñidos de un cerdo bronquítico.

A continuación, el joven agarró el otro tintero. A Webster le gustaba disponer de tinta de dos colores, para subrayar mejor sus notas y porque, en el fondo, era un tanto anticuado. Un chorro de tinta roja descendió por su frente y se esparció por la cara y el cuello de toro, después de lo cual, Perkins simuló limpiarse el polvo de las manos.

De pronto, Webster lanzó un feroz aullido:

—¡Está despedido! ¡Váyase, váyase...!

—Eso es lo que pensaba hacer —contestó el joven tranquilamente. Recogió su cartera de mano y se encaminó hacia la puerta—. El caso ha sido solucionado a la perfección. Rechácelo y tendrá que pagar algo así como doscientos mil del ala en concepto de indemnización.

Webster aullaba y gruñía a un tiempo. Perkins, enormemente divertido por el aspecto que ofrecía su jefe, sonrió. De pronto, se le ocurrió que no estaría de más un último detalle como despedida.

Escupió.

Pero luego, la sensatez se impuso y su ánimo se llenó de tristeza. Cuando salió al corredor de ascensores, sabiendo que era la última vez que estaba allí, no pudo evitar una mirada hacia la puerta que daba a las oficinas de la empresa en que trabajaba Mabel.

Ya no vería nunca más a la princesa, se dijo. Pero aunque así fuese, su amor propio le hacía aprobar su acción. No, no se arrepentía de haber dado una lección al negrero que era Webster. Era joven y ya encontraría el modo de salir adelante. Sacó el pecho orgullosamente y caminó hacia el ascensor.

Aquel día, y por primera vez en su vida, Perkins se emborrachó. No le disgustaba una copa de cuando en cuando, pero, hasta aquel momento, sus relaciones con el alcohol habían sido siempre muy medidas. Pero en esta ocasión, se dijo, tenía que olvidar.

Y olvidó casi por completo, porque, a excepción del lugar en que vivía y al que llegó casi de milagro a las tantas de la madrugada, cuando despertó por la mañana, no recordaba en absoluto lo que había hecho la víspera, a partir del momento en que se despidió de su empleo. Por olvidar, se había olvidado incluso de Mabel Chilton.

Despertó sintiendo en el interior de su cerebro una docena de geniecillos que le golpeaban las sienes con martillos de hierro. La boca estaba espantosamente seca y aún daban vueltas las cosas a su alrededor.

Durante unos minutos, creyó hallarse en el interior de una barquichuela que se movía en un mar tempestuoso. Luego, las aguas se tranquilizaron y empezó a verlo todo con mejor aspecto. Las paredes ya no eran superficies curvas y las puertas estaban verticales y no tumbadas diagonalmente, como le había parecido al abrir los ojos.

Haciendo un esfuerzo, consiguió levantarse. Casi a gatas, fue al baño, llenó un vaso de agua, tomó dos aspirinas y se las tragó de golpe. Pero no era suficiente y tuvo que retirarse nuevamente a la cama.

Cerró los ojos. «Dios mío, la pesqué buena», pensó, sintiendo todavía el torturante dolor que le traspasaba las sienes.

Entonces, poco a poco, le vino la memoria. La discusión con Webster, aunque más bien había sido un monólogo plagado de palabras insultantes, la despedida con tinta de dos colores... y

Mabel.

Suspiró melancólicamente. Debía despedirse de Mabel. Ya no la vería nunca más y, qué diablos, no era la única mujer de este mundo. Ya encontraría otra... cuando hubiese hallado un nuevo empleo, por supuesto.

Tampoco tenía gran interés por ponerse a trabajar. Tenía algunos ahorrillos y podía sobrevivir unos cuantos meses sin dar golpe. Pensaría en lo que más le convenía...

De pronto, creyó oír pasos precipitados en el interior de su casa. Antes de que pudiera alzar la voz, preguntando quién había entrado allí sin su permiso, se abrió la puerta del dormitorio y apareció...

Abrió la boca. Dijo «Mabel Chilton», pero nadie sino él oyó el nombre de la princesa.

Ella estaba allí, parada, en el centro de la habitación, contemplando la decoración con ojos calculadores. En la calle, repentinamente, se oyó el aullido de una sirena.

Entonces, del modo más inesperado, Mabel empezó a desnudarse.

—¡Eh! —chilló Perkins.

—Silencio, por favor —pidió la joven.

Perkins la miraba con ojos incrédulos. Mabel se quitó el vestido, la combinación y, sentándose en una silla, empezó a despojarse del ligero y las medias. Luego, vestida solamente con un sostén transparente y unas braguitas del mismo tejido, corrió hacia la cama, echó la ropa a un lado y se tendió junto al estupefacto habitante del departamento.

—Va a venir la policía —advirtió Mabel—. Si le preguntan, diga que he pasado la noche con usted. Aunque no lo crea, soy inocente.

—Inocente ¿de qué? —preguntó Perkins, que aún no estaba seguro de haber despejado la borrachera por completo.

—Del asesinato que se ha cometido en el apartamento vecino.

CAPÍTULO II

Los policías se marcharon, satisfechos con las explicaciones que les dio Perkins. Uno de ellos se asomó, vio a la joven en el lecho, cubierta con las ropas hasta el cuello y agarrada con ambas manos al embozo de las sábanas, sonrió maliciosamente y se marchó.

A Perkins ya empezaban a hacerle efecto los analgésicos. Vestido con la bata, fue a la cocina y puso la cafetera al fuego.

Mabel vino a los pocos momentos, ya vestida. Estaba muy pálida, pero hacía verdaderos esfuerzos por sonreír.

—No sé cómo agradecersele, señor Perkins —dijo.

—Usted me conoce —contestó él.

—¡Claro! Hace tres años que nos vemos casi a diario.

Perkins se volvió vivamente.

—De modo que se fijó en mí.

—En tres años, hay tiempo más que suficiente para fijarse en los rostros de todas las personas que trabajan en la misma planta del Carydale Building. Pero, que yo sepa, no nos hemos dirigido nunca la palabra.

—Eso es muy cierto, señorita Chilton.

—Muchos me hablaban, sin haber sido siquiera presentados. Usted, no. ¿Por qué?

Perkins hizo un gesto ambiguo. Puso dos tazas en la mesa y sirvió el café.

—No tiene importancia —contestó—. Bueno, ¿quién era el muerto?

—Dañe Logan —respondió ella—. Pero usted oyó su nombre a los policías...

—Bueno, quise decir quién era y qué relaciones tenía con usted.

—Ninguna.

—¿De veras?

Mabel se ruborizó.

—Le había visto sólo una vez —explicó—. Hoy tenía que recoger unos documentos y él me citó en su apartamento a estas horas. Cuando llegué, ya estaba muerto. Le habían pegado un tiro en la cabeza.

—Esos documentos, me imagino, debían de ser muy importantes.

—Lo son.

—Y... ¿estaban en la casa de Logan?

—No.

—Eso significa que alguien se los llevó.

—Efectivamente.

—¿Quién?

—El asesino, está claro.

—¿No sabe quién puede ser? Ella hizo un gesto negativo.

—Sospecho que quisieron tenderme una trampa —dijo.

—Y cargarle el muerto, naturalmente. —De pronto, Perkins formuló una hipótesis—. Apostaría algo a que se trata de un chantaje.

Las mejillas de Mabel enrojecieron violentamente.

—He acertado —añadió Perkins, sonriendo.

—Por favor...

—Usted parece una chica sensata, además de decente. ¿Cómo es posible que se haya mezclado en un lío semejante?

—Los documentos eran falsos.

—Entonces, ¿por qué vino a recuperarlos? Si son falsos, usted es inocente y, por tanto, el chantajista no podía causarle el menor daño.

—Usted no me entiende...

—Tómese otra taza de café. —De pronto, Perkins consultó su reloj—. ¡Dios, qué tarde es! —exclamó—. Casi las once de la mañana...

—¿Cómo no ha ido a trabajar hoy? —se sorprendió Mabel.

—Me enfadé con el jefe y le eché encima dos tinteros, rojo y negro. Estoy despedido. Me puse furioso, y luego me emborraché. Quizá por eso entró usted en mi casa sin dificultad; me olvidé esta madrugada de echar la cadena de seguridad.

—De modo que se emborrachó, ¿eh? ¿Lo hace a menudo?

—Es la primera vez en mi vida. Ella le miró críticamente.

—Con la cara que tiene, no me cabe la menor duda —dijo sonriendo—. De modo que ahora está sin trabajo.

—Sí, pero no se preocupe; aún no tengo necesidad de pedir limosna. Oiga, usted tampoco está en su oficina...

—El jefe lo sabe, no se preocupe.

Perkins se encogió de hombros.

—Es usted la que debe preocuparse. Pero aún no sé si estoy protegiendo a una asesina...

Mabel levantó la mano derecha.

—Juro que yo no lo hice —dijo dramáticamente.

—Bueno, en principio, le concedo el beneficio de la duda. Así que llegó a la casa y, en lugar de encontrar los documentos, se encontró con un «fiambre».

—Todavía no he podido reponerme del susto. —Mabel hizo un gesto de pesar—. No sé qué haré ahora...

—Podría intentar localizar al asesino y recuperar los documentos.

—Yo no soy policía, señor Perkins —dijo ella tristemente.

—¿Le había pedido Logan mucho dinero?

—Cincuenta mil. Perkins dio un bote.

—¡Caramba, eso es mucho dinero...!

De repente, antes de que pudiera continuar hablando, se oyó el timbre de la puerta. El joven se puso en pie.

—Permítame —se disculpó.

Fue a la entrada, abrió y se encontró con dos hombres a quienes jamás había visto en la vida.

—¿Señor Perkins? —dijo uno de ellos.

—Sí, yo mismo, pero si vienen por la muerte de Dañe Logan, les diré que ya he contado todo a sus compañeros policías...

Los dos hombres intercambiaron una mirada irónica.

—Nos ha tomado por policías, tú —dijo el primero que había hablado.

—¡Qué divertido! —exclamó el otro, con la cara completamente inexpresiva.

—Mire, señor Perkins, yo me llamo Bamett Jacobson y mi apodo está plenamente justificado, porque siempre soy honrado en mis tratos. «El Honesto Bamett» jamás ha defraudado a uno de sus clientes; por eso he venido a traerle los sesenta mil dólares que

ganó ayer.

Perkins creyó que la mandíbula inferior iba a caérsele al suelo.

—Se... se... se... —Pero no podía pasar de la primera sílaba.

—Sesenta mil dólares —confirmó Jacobson—. Anda, Matt, entrégale el dinero.

—Sí, jefe.

El llamado Matt, un sujeto de rostro cuadrado y estólido, era portador de una cartera de mano, que puso encima de una mesa, y de la que empezó a sacar fajos de billetes de Banco, en medio de la estupefacción de Perkins, que no acababa de comprender en absoluto porqué le entregaban aquella pequeña fortuna. Miró a Jacobson inquisitivamente y le vio, sonreír.

—Normalmente, no acepto cheques —explicó el sujeto—. Y, además, yo no tomé tampoco el cheque con el que pagó la apuesta. Pero esta mañana fui temprano al Banco y me garantizaron su disponibilidad de fondos y la autenticidad de la firma. Por eso he venido a pagarle, señor Perkins.

El joven tuvo que sentarse en una silla.

—Apuestas... ¿en las carreras de caballos?

—Sí. Mi agente dijo que usted estaba un poco... en fin, a medios pelos, pero eso es cuestión ya de cada persona. Si un hombre bebe y luego no sabe lo que se hace, la culpa de lo que suceda después será solamente suya. Como los beneficios, al igual que en el presente caso. Pero, dígame, ¿cómo pudo adivinar que un penco reumático, de la clase de «Red North» iba a ganar la cañera, en la que las apuestas estaban veinte a uno en su contra?

Matt continuaba depositando fajos de billetes sobre la mesa.

—Se me ocurrió ese nombre, es todo —contestó Perkins.

—Amigo, no cabe duda de que dio de lleno en el clavo —exclamó Jacobson admirado. De pronto, exclamó—: Oiga, ¿quién es ella? ¿Su chica?

Perkins se volvió. Atraída por la curiosidad, Mabel había abandonado la cocina y estaba en el umbral de la sala.

—Sí —contestó Perkins—. Es... mi chica.

Jacobson hizo un gesto apreciativo.

—No hay duda, usted tiene un gusto maravilloso y ella es... una mujer de una pieza. Le felicito, Perkins. ¿Has terminado, Matt?

—Sí, jefe.

—Entonces, nos vamos... Oigan, ¿es cierto que han asesinado a Dave Logan?

—Sí, le pegaron un tiro esta mañana.

—Logan tenía que acabar así, de mala manera. Era un tipo repugnante, créanme.

—¿Lo conocía usted? —preguntó Mabel súbitamente.

—Un poco, aunque hacía ya tiempo que no quería tener tratos con él o hubiese tenido que cambiar el apodo —respondió Jacobson—. Tratar con esa clase de tipos le desprestigia u uno.

—En su opinión, ¿quién pudo asesinar a Logan?

Jacobson soltó una risita sarcástica.

—Si se hiciera una lista de los enemigos de Logan, podríamos buscar una guía de teléfonos y elegir nombres al azar. Acertaríamos cinco de cada diez veces.

—Pero alguno habría más... enemigo que otros.

—Tal vez Puck Chaffee... pero si alguien sabe cosas sobre este asunto, es Rhoda Mills. Tiene un consultorio sentimental en la Avenida Corsairs.

—¿Y Chaffee?

—Oh, ése no tiene domicilio fijo. Bueno, sí, debe de tener una casa en alguna parte, pero nadie lo sabe. En todo caso, si tanto le interesa, pregunte en «El Pato Zambo». Está en North Kirkland, cerca de la calle Dieciséis. Oiga, chica, ¿es que Logan le hacía chantaje?

Mabel volvió a ponerse colorada. Jacobson rió maliciosamente.

—Conozco bien esta clase de asuntos —añadió—. Sea lo que sea, no pague un céntimo, aunque tenga que soportar toda la vergüenza del mundo. Estas cosas, hoy día, tienen menos importancia de lo que parece y, además, se olvidan muy pronto. Pero si empieza a pagar, el chantajista continuará presionándola hasta dejarla sin un centavo.

—Entonces, ya no podría seguir pidiéndome más dinero.

Jacobson miró a la joven de pies a cabeza.

—Pero podría obligarla a trabajar para él... y ya puede imaginarse qué clase de trabajo le ofrecería. En fin, eso es asunto suyo, muñeca. Matt, vámonos. Señor Perkins, cuando quiera apostar otra vez, no deje de contar conmigo.

«El Honesto Bamett» y su esbirro se marcharon.

Perkins y Mabel quedaron a solas.

—Quizá hemos averiguado algo que la policía desconoce todavía —apuntó ella.

—Es posible, pero debiera ir a contárselo —dijo Perkins.

Mabel entornó los ojos.

—Estoy pensando en ir al consultorio sentimental de Rhoda Mills —dijo a media voz.

—Bien, vaya. Yo tengo otras cosas que hacer.

—¿Por ejemplo?

—Llevar este dinero al Banco. ¡Dios mío, no sé cómo pude apostar...! Debía de ser muy grande la borrachera, cuando firmé un cheque de tres mil dólares.

—Pero acertó —sonrió Mabel.

—Debía de ser mi día. O mi noche, no sé a qué hora lo firmé ni quién me aceptó la apuesta. De modo que piensa visitar a Rhoda Mills.

Mabel se puso seria.

—Quiero recobrar esos documentos —contestó.

—¿Hay algo en ellos de lo que deba avergonzarse?

La joven guardó silencio. Perkins se sintió íntimamente decepcionado, aunque no tardó en reaccionar. «Claro, es sólo una mujer, un ser humano, al fin y al cabo, y tú la habías puesto en una especie de altar...», pensó.

—Retiro la pregunta —añadió enseguida.

Mabel contempló los fajos de billetes que había sobre la mesa.

—Si hubiese tenido ayer ese dinero... —se lamentó.

—¿Se lo habría entregado al chantajista?

—Sin duda alguna.

Perkins buscó su callera de mano y empezó a meter en ella los billetes.

—Señorita Chilton, si necesitase el dinero para otra cosa, yo se lo prestaría de muy buena gana. Para un chantajista, ya ha oído al «Honesto Bamett», no cuente absolutamente conmigo —dijo con firme acento.

—No pensaba pedirle...

—Yo le repito el consejo de Jacobson. No pague.

—Pero se han llevado los documentos.

—Le diré una cosa: el asesino se los llevó, seguro. Quizá ahora

trate de extorsionarla a usted. ¿Por qué no espera un poco?

—Puede que no sea mala idea —aprobó Mabel.

—«Es una buena idea». Con su permiso, voy a vestirme, señorita Chilton.

Perkins fue a su dormitorio. Un cuarto de hora más tarde, salió y, maquinalmente, se dispuso a coger su cartera. Entonces, vio que no estaba sobre la mesa.

En lugar del portafolios había una nota manuscrita:

«Perdóneme, Stuart. Considere que me ha hecho un préstamo. Algún día podré devolverle los 60 000.

»M. Ch».

Perkins, más que furioso, se sintió disgustadísimo. Había puesto, se dijo, su fe en una persona que no se lo merecía.

—Además de otras cosas inconfesables, es una ladrona —masculó.

CAPÍTULO III

Durante un par de días, Perkins se dedicó a la holganza más completa, además de procurar «convalecer» de la monumental borrachera que había pillado y con la que, estaba seguro, había «celebrado» su despido del trabajo. Luego empezó a especular con la posibilidad de tomarse unas vacaciones fuera de la ciudad.

Con sesenta mil dólares, se dijo, podía haber hecho un bonito viaje por el extranjero. Había confiado demasiado en la princesa. No, Mabel no era una princesa, sino...

Hizo una mueca. Lo mejor era olvidarla, así no se complicaría la vida. De pronto, cuando se disponía a salir, llamaron a la puerta.

El visitante era un hombre de mediana edad, no muy bien vestido y de cara ratonil.

—Soy Ed Gullon —se presentó.

—Tanto gusto, señor Gullon. ¿En qué puedo servirle?

—Me envía «El Honesto Bamett», señor Perkins. Dice que tal vez tiene cincuenta «pavos» para mí.

Perkins levantó las cejas.

—Que yo sepa, esto no es una oficina de beneficencia —contestó.

Gullon ladeó la boca.

—Creí que le interesaría el asesinato de Logan —dijo.

Me interesan otras cosas mucho más que la muerte de un hampón —repuso el joven críticamente—. De modo que si ha venido aquí, esperando una ganancia, ha perdido el tiempo.

Gullon no se inmutó. Con sus ojillos de rata, escrutó el interior de la casa.

—Ella no está —siseó.

—No, no hay ninguna mujer en la casa. Soy soltero, ¿sabe?

—Está bien. —Gullon sacó un papel del bolsillo y lo dejó sobre una mesa—. Cuando la vea, díglele que me llame a este teléfono. Tal

vez ella sí quiera pagar los cincuenta dólares. Es una buena información, se lo aseguro.

Perkins se sintió tentado de romper el papel en varios trozos, pero logró contenerse.

—Márchese —dijo escuetamente.

—Sí, ya me iba. Jacobson me engañó —rezongó el sujeto, decepcionado.

La puerta se cerró. Perkins contempló un instante el papel donde el hampón, seguramente un confidente profesional, había anotado un número de teléfono. Por supuesto, estaba seguro de encontrar a Mabel a poco que se lo propusiera, pero también tenía cierto orgullo y no quería rebajarse ante una ladrona. «Además de cosas aún peores», se dijo. Para él, Mabel, la mujer de quién se había enamorado hasta el tuétano de los huesos, ya no existía.

Por la tarde, obedeciendo a un impulso que no podía resistir, se encaminó al «El Pato Zambo». El título tenía su punta de ironía. Indudablemente, el dueño era todo un humorista.

Cuando llegaba a las inmediaciones del local, vio salir a un hombre. De pronto, un coche se paró frente al lugar. El hombre miró hacia el vehículo. Su rostro expresó una viva alarma.

Antes de que pudiera dar dos pasos, sonaron varias detonaciones. Perkins, asustado, ganó el refugio de un portal. Oyó el ruido del coche que se alejaba a toda velocidad y asomó la cabeza.

El hombre yacía de bruces sobre la acera. Había sangre debajo de su cuerpo. Perkins presintió que aquel sujeto había dejado ya el mundo de los vivos.

Llegaron los coches de patrulla y empezaron a interrogar a los testigos. Perkins no quería comprometerse demasiado y se mantuvo en un discreto segundo término. Vino una ambulancia y se llevó el cadáver. Los policías se marcharon algo más tarde. La calle recobró su normalidad.

Entonces, Perkins entró en el local y se acercó al mostrador. Un sujeto, con cara hosca, le preguntó qué deseaba beber. Perkins, al que la taberna no le gustaba en absoluto, dijo que una cerveza.

El barman le sirvió la cerveza. Perkins levantó una mano.

—Oiga, busco a Puck Chaffee —manifestó.

La cara del barman adoptó en el acto una expresión de desprecio.

—Tendrá que ir a la «morgue» —contestó.

—¿Cómo? —Respingó el joven.

—Hace media hora que lo cosieron a balazos. Chaffee tenía que acabar así, amigo. ¿Algo más?

Perkins se quedó consternado. De modo que el muerto era Chaffee. Allí sucedía algo muy gordo. Y presentía que Mabel estaba en el centro de todo el asunto. ¿Era la causa o el efecto? ¿Era inocente o culpable?

Sumido en un mar de confusiones, dejó un dólar sobre el mostrador y abandonó el bar. Ya era de noche.

De pronto, se acordó del consultorio sentimental dirigido por Rhoda Mills. ¿Qué diablos era eso de «consultorio sentimental»?

—Síntese, señor Perkins, y expóngame su caso con toda sinceridad —dijo Rhoda Mills—. Cualquiera cosa que me diga, será considerada como absolutamente confidencial, ¿comprende?

Perkins contempló un instante a la mujer que tenía frente a sí. Rhoda Mills, calculó, debía de tener unos treinta y cinco años, y era guapa, de buenas carnes y sonrisa amable y comprensiva. Estaba muy bien vestida y el escote en pico de su traje permitía ver el valle formado por los senos, redondos, de generosos contornos.

—Pues, la verdad, yo...

Rhoda sonrió.

—Si tiene problemas de índole sexual, yo puedo ayudarle —aseguró—. Vamos a ver, ¿es usted tímido con las mujeres?

—Hombre, tanto como eso...

—Teme acercarse a una mujer y recibir una respuesta negativa, ¿no es así?

—Verá, yo...

—Señor Perkins, ahora mismo le daré la dirección de una muchacha muy bonita y comprensiva que, se lo garantizo, curará sus complejos de una forma enteramente satisfactoria. Le escribiré su dirección y ya verá cómo me agradece el consejo.

De repente, Perkins comprendió en qué consistía el «consultorio sentimental». Rhoda dirigía una red de prostitutas, muy posiblemente, todas ellas jóvenes que no ejercían el oficio de una manera estrictamente profesional, sino como una forma de aumentar sus ingresos. Y entonces, concibió una sospecha.

—Me interesa una chica llamada Mabel Chilton —declaró.

—Un momento, por favor.

Rhoda se levantó y fue a un armario metálico que tenía en uno de los lados de la oficina. Abrió uno de los cajones, mediante una llavecita que pendía de su cuello, consultó unas fichas durante unos momentos y luego se volvió hacia el visitante.

—Lo siento. La señorita Chilton no figura en mis listas —sonrió.

Perkins se sintió aliviado en parte. Pero, súbitamente se sintió audaz.

—Usted recomienda chicas que solucionan ciertos problemas —dijo.

—Sí, en efecto.

—¿No es usted capaz de practicar lo que aconseja?

Rhoda entornó los ojos.

—¿Qué quiere decir, señor Perkins?

—¿Por qué voy a buscar otra chica para resolver mis problemas?

Ella sonrió.

—Creo que le entiendo —dijo.

—Celebro. ¿Cuál es el precio de la consulta, señora Mills?

—¿Por qué no me llamas Rhoda? —La mujer se acercó a su visitante y le cosquilleó bajo la barbilla—. A veces, en efecto, me gusta comprobar si yo también sirvo para solucionar ciertos... complejos.

—Entonces, hagamos la prueba —propuso Perkins, entusiasmado.

—Aguarda un momento, por favor.

Rhoda fue hacia la puerta y colgó en la parte exterior un cartelito que decía:

CERRADO EL CONSULTORIO

Luego cerró con doble vuelta de llave, se acercó al entusiasmado visitante y se volvió de espaldas.

—Bájame el cierre del vestido, ¿quieres?

—Con muchísimo gusto, encanto.

Un buen rato después, Rhoda pareció emerger a la superficie, tras una prolongada inmersión bajo el agua. Jadeó, resopló, respiró afanosamente y, finalmente, pareció tranquilizarse un poco.

—Cielos —dijo—. ¿Y tú eras el hombre con problemas sexuales?

Te has portado como un vikingo arrollados... ¿Dónde están tus complejos, Stuart Perkins?

El joven sonreía satisfecho.

—Bueno, quizá sólo existían en mi imaginación —contestó—. O también puede suceder que tú tengas mejor experiencia que tus... colaboradoras.

Rhoda sonrió maliciosamente.

—No hubieras decepcionado a la más hábil de ellas —contestó, abrazándole afectuosamente—. Tienes un aspecto más bien corriente, pero los hechos son de... hércules.

—Los tipos hercúleos, a veces, dan chascos.

—Sí, eso es cierto. Una vez me encontré con un tipo guapísimo, un hombre arrebatador. Resultó que era del otro bando.

—¿Cómo Dave Logan?

Rhoda se sentó súbitamente en la cama, haciendo oscilar sus redondos senos por la brusquedad del gesto.

—¿Por qué lo dices? —exclamó.

—Oh, se me ha ocurrido de repente. ¿Sabes? Logan vivía enfrente de mi apartamento y le pegaron un tiro. Oí decir a uno de los policías que tal vez se trataba de un caso de celos entre homosexuales —mintió el joven.

—No, Logan no era maricón —contestó Rhoda—. Lo que sucede es que se había metido en toda una serie de asuntos sucios y acabó de mala manera, como, por regla general, todos lo que hacen esa clase de negocios.

—¿Qué asuntos? —preguntó Perkins, simulando inocencia.

—Chantaje, sobre todo.

—Oh, a veces, eso resulta productivo, ¿no?

—Menos cuando a uno le meten un trozo de plomo entre ceja y ceja, Stuart.

—Eso sí es cierto —convino el joven—. Pero la policía, que yo sepa, no ha encontrado todavía al asesino. Además, oí decir que éste se le llevó ciertos papeles...

—Si alguien sabe algo, ése es Manny Enright —dijo Rhoda.

—¿Quién es Enright?

—No te metas con él o lo pasarás mal, muchacho.

—Oh, sólo era curiosidad.

—Pero, probablemente, Enright contrató a alguien que

«apiolara» a Logan. ¿Por qué no hablas con Walt Dreiss?

—No sé quién es ese tipo, Rhoda.

—Si te interesa, ve a verle en «El Pozo». Está en la calle Veintidós. Dreiss sabe muchas cosas. Pero tendrás que pagarle.

Perkins pensó de inmediato en los sesenta mil dólares que le había birlado Mabel.

—De acuerdo, pero ahora me falta saber una cosa —manifestó.

—¿Sí?

—¿Cuál es el precio de tu consulta?

Rhoda se echó a reír y atrajo al joven contra sus pechos opulentos.

—Déjame comprobar otra vez si mis consejos han curado tus problemas —dijo ardientemente.

Tenía ya una buena pista, pero era demasiado tarde. Cuando llegó a su casa, lo primero que hizo fue irse al baño. Se duchó a conciencia y luego, vestido solo con los pantalones del pijama, se dispuso a volver a la sala, al objeto de tomarse una buena dosis de *whisky*.

Entonces fue cuando vio a Mabel.

Durante unos segundos, se contemplaron en silencio. Ella someta un tanto avergonzada.

—Habrás pensado mal de mí —dijo.

—Pésimamente —respondió él sin rodeos.

—Tenías toda la razón del mundo. —Mabel abrió su bolso y le entregó un papel—. Toma.

—¿Qué es esto? —preguntó Perkins, perplejo.

—Léelo, hombre.

Perkins paseó la vista por los renglones escritos. Mientras, Mabel se había puesto un cigarrillo sobre los labios. Encima de la mesa, había una tira de fósforos, con un nombre y una dirección. Cogió el sobrecito y encendió el cigarrillo.

—De modo que has ingresado el dinero en la cuenta, de mi Banco —dijo Perkins, rompiendo el silencio en que habían caído momentáneamente.

—Sí. Oye, ¿qué significa esto de «consultorio sentimental»? —preguntó la joven. Perkins sonrió.

—Un lugar muy agradable, donde solucionan a uno sus complejos —respondió. Mabel se puso rígida.

—No sabía que fueses aficionado a frecuentar determinados lugares —dijo.

—Lo citó Jacobson, ¿recuerdas?

—Pero yo no creí...

—Tampoco yo lo sabía hasta que hablé con Rhoda Mills.

—¿Y solucionó tus complejos?

—A plena satisfacción.

Mabel arrojó el sobre de fósforos encima de la mesa.

—Estamos en paz —dijo secamente.

—¿Tienes prisa? —inquirió él, displicente.

—Ya he hecho todo lo que tenía que hacer —repuso la joven. Y dio media vuelta.

—Menos enterarte de cosas que pueden afectarte muy seriamente —dijo Perkins.

Mabel se detuvo en seco.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—Escúchame un momento, princesa. Yo no fui a ver a Rhoda Mills para solucionar problemas que en mí no existen en absoluto. Soy un hombre de reacciones completamente normales y Rhoda resultó ser una mujer muy guapa y, además, simpática. Lo que ha pasado entre ella y yo es muy corriente.

—Sí, ya veo —dijo Mabel, despectiva—. No se me ocurrió pensar ni por un momento que fueses aficionado a cierta clase de mujeres.

—Tampoco a mí se me ocurrió pensar que fueses una ladrona.

—Te he devuelto el dinero.

—Porque no has encontrado a la persona a quien debías entregarle los cincuenta mil dólares.

Mabel apretó los labios. De pronto, se dejó caer sobre una silla.

—Sí —dijo—. Tienes toda la razón del mundo Stuart. No he conseguido encontrar al que tiene ahora esos documentos. Y si no, aparecen antes de una semana, iré a la cárcel, acusada de estafa.

CAPÍTULO IV

Perkins preparó dos dosis de escocés y entregó una a la joven.

—¿Te llevaste un dinero que no te pertenecía? —preguntó.

Ella hizo un gesto negativo.

—Firmé imprudentemente unos papeles, que me harán aparecer como estafadora. Yo no pensé en lo que hacía, hasta que fue demasiado tarde.

—Vamos, hasta que los papeles llegaron a poder de Logan y éste te amenazó con entregarlos a la policía.

—Sí.

—Pero tú, me imagino, tendrías poderes para firmar...

—Eso creía —respondió Mabel, muy abatida—. La realidad, es muy distinta, Stuart.

—Tendrás un jefe, me imagino.

—Manny Enright —citó la joven. Perkins dio un respingo.

—Enright —exclamó.

—¿Qué sucede? ¿Por qué te sorprende? —se extrañó Mabel.

Perkins recordó en el acto los informes que la «asesora sentimental» le había facilitado acerca del individuo que, sorprendentemente, resultaba ser el dueño de la empresa donde trabajaba Mabel.

—¿Seguro que es tu jefe? —preguntó.

—Sí, aunque en realidad, la empresa está a cargo de Lester Wood. Enright aparece de cuando en cuando por las oficinas, para ver cómo marchan los negocios. Generalmente, suele aprobar lo que hace Wood, le aconseja también en determinados aspectos...

—Y te ha visto en más de una ocasión.

—Claro, y yo también he hablado con él. Pero ¿por qué me preguntas tantas cosas, Stuart?

—Apostaría algo a que Manny va siempre acompañado por dos... «secretarios».

—Sí, desde luego. Son unos tipos muy adustos, que jamás despegan los labios, como no sea que Enright les diga alguna cosa.

—Y ellos contestarán, invariablemente: «Sí, señor», ¿verdad?

Mabel frunció el ceño.

—Me gustaría que te explicases de una vez —solicitó.

—Aguarda un momento —pidió el joven—. Dices que Enright es el propietario del negocio, pero que Wood es quien lo dirige en realidad.

—En efecto, aunque en ocasiones, me concede mucha libertad de acción. Pero esta vez, caí en la trampa como una tonta y firmé esos documentos que sin haberme apoderado de un solo centavo, prueban que he defraudado a la empresa.

—¿Cuánto?

—Doscientos setenta mil dólares, en cifras redondas.

—¡Dios bendito! —exclamó, anonadado—. Yo pensaba que sería cosa de una docena de miles...

—Pues no es así, lo siento, Stuart. Y, lo peor de todo, es que esos documentos han desaparecido.

—¿Lo saben Wood o Enright?

—Hasta ahora, no; pero cuando se enteren...

—Sí, se producirá el estampido. Ahora bien, hay algo que no acaba de encajar en todo este asunto.

—¿Qué es, Stuart? —preguntó la joven.

—El asesinato de Dave Logan. Mejor dicho, los documentos que tú firmaste y que él, por lo visto, tenía en su poder. ¿Cómo llegaron a sus manos?

—Eso es lo que no sé —respondió Mabel—. Todo lo que puedo decirte es que me envió unas fotocopias, con una nota en la que indicaba poseía los originales. Si quería recuperarlos, debía entregarle cincuenta mil de lares, antes del día doce de este mes, en la fecha que te he mencionado antes.

—Tú viniste a visitarle, pero no tenías el dinero.

—Quería pedirle que... —Mabel bajó la cabeza—. Iba a suplicarle que me los devolviese. Tenía seis mil dólares, todos mis ahorros, y se los iba a entregar... a cuenta...

—Y cuando llegaste a su apartamento, estaba muerto.

—Sí. Busqué por todas partes, pero no encontré nada. Luego oí a lo lejos sirenas de la policía y pensé que alguien había denunciado

el crimen. Si me encontraban con él, me acusarían de su muerte.

—Tú no estabas armada —alegó Perkins.

—Había un revólver tirado en medio de la sala. Yo llevaba guantes todo el tiempo, y no por dejar huellas, sino porque formaban parte de mi atavío. Si me sorprendían en casa de Logan, con el cadáver y un revólver, que seguramente estaría limpio, me acusarían indefectiblemente.

Perkins hizo un gesto de asentimiento. Sí, aquella mañana, Mabel llevaba un vestido liviano, de manga corta, con guantes blancos de hilo. Las deducciones de la joven eran enteramente lógicas.

—A mí se me está ocurriendo una hipótesis —dijo, después de algunos segundos de reflexión.

—¿Sí, Stuart?

—Alguien sabía que ibas a visitar a Logan. Alguien conocía la existencia de esos documentos y, en suma, te tendió una trampa. Aparte de llevarse los papeles, ¿comprendes?

—Desde luego, pero ¿quién?

—¿Qué te parece si saliéramos a la calle y empezásemos a averiguarlo?

—Muy bien —aprobo Mabel—. ¿Por dónde iniciamos las pesquisas?

—De momento, vamos al Banco. Necesito dinero —manifestó Perkins—. Ove, ya se te podía haber ocurrido entregarme algo en billetes, en lugar de ingresarlo todo en mi cuenta.

—Lo siento. No pensé en ello. Sólo quería que supieras que no soy una ladrona.

—No te preocupes, encanto. ¿Vamos?

Mabel asintió. De pronto, cuando ya iban a salir, recordó algo.

—Oye. ¿Qué clase de consejos sentimentales da Rhoda Mills? —inquirió.

—Da consejos personalmente o procura direcciones de chicas que pueden dar también... consejos —respondió.

—En resumen, una agencia de citas.

—Sí, pero tú, tranquila; tu nombre no figura en los ficheros de la señora Mills.

Ella se volvió, muy picada.

—No tenía por qué figurar —respondió vivamente—. Yo no me

dedico a ciertas cosas...

—Cómo te descuides, tu nombre irá a parar a otro fichero —dijo él con soma. Sin saber por qué, deseaba hacer padecer un poco a la joven a quien, hasta entonces, había considerado como una diosa inaprehensible o poco menos. Empezaba a darse cuenta de que Mabel era un tanto orgullosa y, se dijo, le convenía rebajarle un poco los humos. Ahora que había visto que la diosa no era sino una mujer de carne y hueso, su timidez había desaparecido casi como por encanto, y se sentía otro, con una seguridad en sí mismo de que nunca se hubiese creído capaz.

En aquel momento, llamaron a la puerta.

Perkins hizo un gesto con la mano.

—Escóndete —ordenó.

Antes de abrir, Perkins se tomó el tiempo suficiente para encender un cigarrillo. El timbre sonó de nuevo y entonces hizo girar el pomo.

Dos hombres aparecieron en el acto ante sus ojos. Uno de ellos le preguntó su nombre. Perkins lo dijo.

—Tenemos un recado importante que darle —manifestó el sujeto.

El joven receló en el acto. Aquellos tipos no le gustaban en absoluto. Vestían trajes caros, pero no se podía decir que fuesen elegantes, ni en los ademanes ni en el aspecto general.

—Muy bien, hablen —invitó.

—Adentro —dijo el que le había preguntado por su nombre.

—Aquí, en la puerta —respondió el joven con firmeza—. O empiezo a gritar, diciendo que quieren atracarme...

—Maldita sea... Está bien. El recado viene de una persona muy importante. Sabe que anda haciendo preguntas por ahí. Esa persona quiere que olvide a Logan. ¿Está claro?

—Muy claro. ¿Algo más?

—Si no se olvida de Logan, podría sucederle algo malo —añadió el otro.

—¿Por ejemplo?

—Mueren muchas personas, atropelladas por automóviles. Adiós.

Perkins cerró la puerta. Antes de que pudiera decir nada, Mabel asomó por la del dormitorio.

—¡Son ellos, Stuart! —exclamó.

—¿Ellos? ¿Quiénes?

—Los «secretarios» de Enright. Sé que se llaman Dag Sewell y Lefty Cox, pero nunca me imaginé...

—Es que no conocías bien a tu jefe —dijo él irónicamente—. Pero, entonces, ¿por qué demonios me hicieron esa advertencia?

—Para mí está claro, Stuart.

—Pues yo no entiendo nada, lo que se dice nada.

—Hombre, usa tu cerebro. Los documentos están ahora en poder de Enright.

—Y ese dinero supuestamente desfalcado, era suyo. Mabel asintió.

—Entonces, ¿por qué no te ha dicho ya nada, aunque fuese por mediación de Wood? —preguntó Perkins.

—No lo sé. Lo cierto es que esos dos sujetos son los que van con Enright siempre a todas partes. Nunca le pierden de vista...

Perkins meditó unos instantes. Luego, de pronto, corrió hacia la ventana.

Sewell y Cox salían de la casa en aquel momento, dirigiéndose a un enorme coche negro, estacionado frente al edificio.

—Es el automóvil de Enright —identificó la joven en el acto.

—¿Estaría él abajo?

—Seguro, Stuart.

—Esto no se comprende bien. Enright debe de tener ya los documentos. Debería haberte dicho algo y, sin embargo, no es así.

—De pronto, Perkins se volvió hacia la muchacha—. ¿No vas hoy a la oficina?

—Llamé por teléfono. Dije que no me encontraba bien.

—Mañana acudirás a tu trabajo con toda normalidad Procura sonsacar a Wood. ¿Entendido?

—Sí, Stuart.

—Y hoy... —Perkins consultó su reloj—. Lo primero que haremos será lo que habíamos acordado: ir al Banco. Vamos a emprender una campaña y no se puede ganar la guerra sino en la forma que aseguraba Napoleón, con las tres armas que, decía, eran infalibles: oro, oro y más oro. Después, iremos a... Mabel, ¿qué clase de mujer eres tú en la mesa?

—No soy nada remilgada. Como de todo y cuanto se me apetece.

Perkins la miró de pies a cabeza, con ojos críticos.

—Y conservas ese tipo de Venus —exclamó.

Ella se sonrojó un tanto.

—Sí —repuso.

—Entonces, dentro de una hora demostrarás si eres capaz de consumir todo lo que cierto amigo cocinero te eche en el plato —dijo él alegremente.

CAPÍTULO V

Walt Dreiss era un sujeto bajo, con el párpado izquierdo caído y un cigarro a medio consumir entre los dientes. El cigarro estaba apagado y no hacía nada por encenderlo, lo que hizo pensar a Perkins que más bien disfrutaba masticando el tabaco que aspirando el humo producto de su combustión. En cuanto al local, «El Pozo», tenía todo el aspecto de un antro de cierta categoría. Las mujeres vestían con cierta elegancia, pero su profesión resultaba inconfundible. Perkins no se hubiera fiado de ninguno de los hombres, de toparse con cualquiera de ellos en un callejón oscuro.

Ni tampoco de Dreiss, pero ahora estaban en un lugar iluminado y bastante concurrido.

—De modo que le envía Rhoda —dijo el sujeto, después de cambiarse el cigarro de lugar en la dentadura.

—Sí. Me recomendó muy especialmente a usted, Walt.

—¿Para qué?

—Informes.

—¿Sobre...?

—Dave Logan.

Hubo una pausa de silencio. Inesperadamente, Dreiss sacó un encendedor barato y lo aplicó al apestoso cigarro. Después de un par de bocanadas de humo, habló:

—Quizá el asesinato de Logan esté relacionado con la muerte de Ben Rounders.

—¿Quién es Rounders? —preguntó Perkins.

—El compinche de Logan. Rounders murió hace cosa de una semana. Se despeñó con su coche por un barranco. El coche ardió. Pero aquel sitio era el menos apropiado para que Rounders pasara con su automóvil. La Policía, sin embargo, no estimó necesario hacer una investigación criminal.

Perkins se volvió hacia la muchacha.

—¿Has oído alguna vez el nombre de Rounders?

—No —respondió Mabel.

—Bien, Walt, siga hablando —invitó el joven—. ¿Quién fue el que «apioló» a Logan?

—No se me ocurre ningún nombre, pero ¿por qué no hablan con Linda Clancy? Era la chica de Logan. Quizá ella sepa algo.

—Y usted, ¿no sabe más o no quiere decir lo que sabe? —preguntó Mabel incisivamente.

—Muñeca, he dicho todo lo que sé —respondió Dreiss con aire desdenoso—. Hablen con Linda Clancy, es el mejor consejo que puedo darles. Ah, y esta información vale cincuenta «pavos».

—Supongo que añadirá la dirección de la señorita Clancy.

—Claro —sonrió el sujeto.

Minutos más tarde, Perkins y la muchacha abandonaban «El Pozo». Mabel respiró aliviada al verse en la calle.

—¡Uf! Creí que iba a darme un ataque, Stuart —exclamó.

—No es un lugar muy recomendable, en efecto —convino él—. Ahora te acompañaré a casita. Mañana, irás a tu trabajo y sondearás a Wood. Nos veremos por la tarde, ¿entendido?

—Tú vas a hablar con Linda, ¿no es cierto?

—En efecto.

—Podría acompañarte...

—¡A casa! —ordenó él imperativamente.

Mabel le miró con asombro. Pero luego, sin replicar una palabra, subió a su coche, dio el contacto y arrancó en el acto.

Perkins estuvo unos instantes en la acera. Aunque tenía también coche, habían utilizado el de Mabel para sus desplazamientos durante el día. Avistó un taxi y le hizo señas de que se detuviese.

Perkins parpadeó de asombro, una vez en el interior del local que le había indicado el confidente. Aquello era mucho peor de lo que había supuesto.

Las camareras, sin excepción, iban completamente desnudas, a excepción de un diminuto triángulo rojo, sujeto con unos hilos a las caderas. El triángulo, irónicamente, tenía forma de corazón. Perkins se formuló a sí mismo cierta divertida observación acerca de las personas que consideraban que el lugar del corazón era muy otro al asignado por la naturaleza.

En el escenario, dos parejas se dedicaban a juegos eróticos en

vivo. Perkins buscó en vano el mostrador. Le gustase o no, tendría que ocupar una mesa.

Al fin, consiguió encontrarla. Una camarera de pechos grandes y pesados, se le acercó en el acto. Perkins había doblado dos billetes de diez dólares y los introdujo en el corazón rojo que ocultaba el sexo.

—Eso es para ti particularmente. Aparte, pagaré el gasto... pero quiero que me digas quién es Linda Clancy.

—No ha venido hoy —respondió la camarera en el acto.

—Vaya, parece que he perdido el tiempo —se lamentó Perkins—. Anda, —tráeme una copa de lo que sea.

—Si quieres, yo puedo decirte dónde vive... Perkins miró a la mujer con interés.

—Pero es un poco complicado —añadió la camarera—. ¿Por qué no esperas media hora o cosa así? Puedo acompañarte hasta su casa.

—Sí, es una buena idea.

Perkins dejó pasar el tiempo, sin prestar demasiada atención a las cosas que sucedían en el escenario. Se preguntó si aquellos «artistas», luego, a solas y en la intimidad, serían capaces de disfrutar verdaderamente del sexo.

Treinta minutos después, se reunía con la camarera en la puerta de servicio del local. Le pareció que los voluminosos senos de la mujer iban a explotar en cualquier momento, ahora contenidos a toda presión por un vestido que, evidentemente, era dos tallas inferior a la adecuada.

—Me llamo Lisa —dijo ella.

—Yo, Stuart. No tengo coche; tomaremos un taxi.

—De acuerdo.

Momentos después, Lisa daba la dirección de la casa de Linda al taxista. Entonces, Perkins formuló una observación:

—No entiendo cómo Dave Logan podía estar liado con una chica que trabajaba en ese sitio.

—¿Qué tiene eso de particular? Linda hace números de sexo en vivo, pero sólo simula sus sentimientos. Yo no considero que eso tenga la menor importancia, Stuart.

«Logan tenía un estómago de hierro», pensó el joven.

—Sí, si se mira desde ese punto de vista...

—Después de que hables con Linda, podríamos ir a mi casa —propuso ella—. Puedo hacer una función privada para ti, que no olvidarás en toda tu vida.

—Lo siento, guapa. —Perkins puso una mano en el macizo muslo izquierdo de la camarera—. Estoy casado, ¿sabes?

—Hombre, mejor todavía. Así enseñarás a tu esposa unos cuantos trucos que alegrarán tu matrimonio. Anímate, hombre; sólo por cincuenta «pavos» más...

—Te daré el dinero, pero lo siento mucho...

—Está bien, tú te lo pierdes —contestó Lisa, decepcionada.

Un cuarto de hora más tarde, el taxi se detenía en el lugar indicado. Perkins abonó la carrera y dio una buena propina al conductor, encargándole llevase a su acompañante de vuelta a su casa. El coche arrancó de inmediato.

Perkins atravesó un callejón escasamente iluminado, compuesto por casas de madera en su inmensa mayoría.

Abundaban los cajones vacíos y las latas de basura. Un gato huyó bufando al pasar por su lado.

La casa de Linda Clancy era de un solo piso, situado, sin embargo, a metro y medio del suelo. Perkins divisó luz en su interior y se alegró, ya que así no tendría que despertar a la mujer. Subió la escalera y tocó en la puerta con los nudillos.

El primer golpe hizo girar la puerta un poco, ya que no estaba cerrada con llave. Entonces, Perkins se puso rígido y supo que Linda Clancy ya no podría facilitarle ninguna información.

La mujer yacía en el suelo, vestida solamente con ropas íntimas. En torno a su cuello había un delgado cordón de seda.

El instinto le hizo sacar un pañuelo para asir el pomo de la puerta y cerrar con todo cuidado. Luego empleó el mismo pañuelo para secarse el abundante sudor que había brotado súbitamente de su frente.

Nadie parecía haber advertido el crimen y él no iba a organizar un escándalo después de medianoche. Con el mismo sigilo que había llegado, emprendió el camino de vuelta, maldiciendo amargamente por tener que hacerlo a pie un buen rato, hasta que pudo encontrar un taxi que le depositó en la puerta de su casa.

De súbito, por la mañana, recordó algo que había olvidado. Buscó afanosamente, hasta encontrar el papel que le dejara días

atrás un tipo llamado Ed Gullon. Marcó su número y aguardó unos momentos.

Una voz estropajosa contestó a la llamada.

—Soy Ed. ¿Quién diablos me despierta a estas horas...?

—Oiga, Ed, usted me dejó un papel con su teléfono, para que yo se lo diese a mi chica. ¿Lo recuerda?

—Sí, pero no quiso gastarse cincuenta «pavos»...

—Ahora serán cien, Ed.

—Usted se burla de mí —rezongó Gullon.

Perkins consultó su reloj.

—Ed, le aguardo dentro de una hora justa en el restaurante rápido que hay casi frente a mi casa. Antes de que empecemos a hablar, le daré ya los cien dólares. ¿Hace?

—De acuerdo.

Perkins colgó el teléfono, sumamente satisfecho. Por un momento, pensó en Linda Clancy. ¿De qué estaba enterada la mujer, que alguien había considerado útil borrarla del mundo de los vivos?

—Eso es cosa de Heck Dowley —dijo Gullon justamente una hora más tarde, situado frente a un plato rebosante de comida.

—¿Quién es Dowley? —preguntó Perkins.

—Se sorprendería si le viese. Es un hombre bajito, pulcro, muy refinado de aspecto, pero con los sentimientos de una hiena rabiosa. Si a usted le estorba alguien y le paga cinco billetes grandes, tenga la seguridad de que su enemigo habrá sido enviado al otro barrio sin enterarse siquiera de lo que le ha pasado.

—Vaya un pajarraco —rezongó el joven—. ¿Qué hace la Policía mientras tanto?

—Esas cosas no llegan jamás a oídos de los policías, señor Perkins.

—Ya. Al menos, podrá decirme dónde vive Dowley. Gullon se limpió los dedos en la chaqueta. Sacó una vieja agenda, escribió algo en una hoja, la arrancó y se la entregó al joven.

—Tenga cuidado —avisó.

—¡No se preocupe! Y ahora, dígame una cosa, Ed.

—¿Sí?

—¿Qué era lo que quería decir a mi chica?

Gullon sonrió ladinamente.

—Ella debe tener cuidado —contestó.

—Bien, pero ¿por qué?

—Le están preparando una trampa. Dígale que deje el empleo antes de que sea demasiado tarde.

—Ed, me parece que su advertencia llega con mucho retraso. De todos modos, gracias.

Perkins llamó a la camarera y abonó la cuenta. Su plato estaba casi intacto y Gullon se lo apropió sin el menor escrúpulo.

Tenía la dirección de un asesino profesional en el bolsillo y se preguntó cuál sería la forma mejor de entrar en contacto con un sujeto de semejante catadura, sin correr el riesgo de comprobar personalmente su arte en el repugnante oficio de matar por dinero.

De pronto, cuando llegaba a la acera, dos hombres le cerraron el paso.

—Le advertimos que dejase de hacer preguntas —dijo Sewell hoscamente.

CAPÍTULO VI

—Tenemos un coche preparado —añadió Cox.

—Van a darme un «paseo» —adivinó el joven.

—Sí, pero no tema. Volverá vivo... aunque con un par de huesos rotos.

—Somos especialistas en romper huesos y entablillarlos después —dijo Sewell perversamente.

De súbito, Sewell y Cox se elevaron en el aire. Los dos hampones se quedaron tan estupefactos como Perkins, aunque el joven comprendió en el acto los motivos de tan insólita ascensión.

—¡Hey, Stuart! ¿Te molestan estos dos insectos?

Perkins sonrió. Aquel gigantesco individuo, que medía más de doscientos quince centímetros de estatura y pesaba unos ciento treinta kilos, sostenía a los dos hampones, uno con cada mano, sin, aparentemente, hacer el menor esfuerzo. Cox y Sewell braceaban y perneaban frenéticamente, pero todos sus esfuerzos por librarse resultaban inútiles.

—Sí, Rick, me estaban molestando —contestó el joven.

Algunos curiosos se habían parado en las inmediaciones y reían estruendosamente al contemplar la escena. Rick Schaffer, el gigante, los condujo hasta las inmediaciones del coche en que habían llegado hasta allí y, uno a uno, los lanzó a su interior.

—¡Largo, bastardos!

Cox se recobró lo suficiente para empuñar el volante. Sewell estaba cabeza abajo, con medio cuerpo entre los dos asientos del vehículo. Perkins miró complacidamente al gigante, un antiguo conocido suyo, a quien había aconsejado en asuntos financieros unas cuantas veces.

Schaffer era artista de cine y su especialidad eran las películas en que debía aparecer un gladiador gigantesco, un vikingo aterrador o el criado loco de un científico chiflado, tipo

Frankenstein, Cada vez que un director de cine necesitaba un tipo de esta clase, contrataba invariablemente a Schaffer. Perkins sabía que su amigo no se convertiría jamás en una estrella ni tampoco se haría millonario, pero el trabajo que desempeñaba le permitía vivir con holgura.

—Me alegro de haberme encontrado contigo, Stuart —manifestó el gigante—. Fui a tu oficina y me dijeron que te habías despedido.

—Le vacié dos tinteros en la cabeza al jefe —rió Perkins.

—Si tenías motivos, hiciste bien. ¿Qué le pasaba con esos pajarracos?

—Estoy metido en un pequeño lío...

—¿Dinero? Tengo un poco ahorrado y si te hace falta, cuenta con lo que sea —ofreció Schaffer con toda sinceridad.

—Gracias, pero mi lío es de otra clase. ¿Por qué me buscabas, Rick?

—He oído hablar de unos valores interesantes y quería consultarte antes de invertir un poquillo. Pero no es cosa que me corra demasiada prisa. ¿Por qué no nos tomamos una copa? Quizá, si me cuentas tu problema, yo pueda ayudarte en algo, Stuart.

Perkins miró de hito en hito a su amigo. El inesperado encuentro con Schaffer podía resultarle de mucha utilidad.

Si aceptaba colaborar con él, claro.

—De modo que un asesino profesional.

—Sí, Rick.

Schaffer vació de un trago la jarra de cerveza que tenía ante sí y pidió otra. Despachó la mitad y se limpió los labios.

—Cuenta conmigo, Stuart —dijo al cabo.

—Es un tipo muy astuto y despiadado.

El gigante sonrió.

—Aunque no sean reales, en el cine se practican algunos trucos muy efectivos —contestó.

—Pero quizá tengas tu trabajo...

—Hasta el mes próximo, no empieza mi próxima película. Una futurista, con exploradores del espacio perdidos en un planeta salvaje. Yo hago de jefe malo de una tribu de nativos buenos —rió Schaffer jocunda, estrepitosamente—. Será un bonito papel, te lo aseguro.

—Eres un tipo estupendo, Rick —dijo Perkins.

—Gracias. Pero, dime, ¿es guapa?

Perkins se sobresaltó.

—¡Rick! ¿Qué estás diciendo?

El gigante le guiñó un ojo.

—Te conozco un poco, Stuart —dijo—. Tú no te meterías en un jaleo semejante si no fuese por una cara bonita. ¿Vale la pena?

Perkins meditó un instante. La pregunta de su amigo le había hecho pensar mucho.

¿Qué pasaría después de que solucionase el problema? Mabel no volvería ya a mirarle a la cara...

Pero ya no se podía echar atrás.

—Sí, vale la pena —respondió.

—Bien, entonces, no se hable más. ¿Qué es lo que debemos hacer?

—Puede resultar arriesgado...

—No te preocupes. Simplemente, dime lo que se debe hacer y lo haré —aseguró Schaffer rotundamente.

Perkins volvió a reflexionar. ¿Podían realizar el ataque sin conocer al enemigo y a las posiciones que ocupaba?

—Termina tu cerveza —indicó—. Antes de dar un solo paso, conviene explorar el terreno.

Era todavía pronto, de modo que tenían tiempo suficiente para desplazarse sin prisas en el automóvil del joven. Media hora más tarde, pasaban por delante de una casa de agradable aspecto, rodeada por un bien cuidado jardín, en el que había un sujeto ocupándose de un frondoso rosal. El individuo respondía en un todo a la descripción que el confidente había hecho de Dowley a Perkins.

En el buzón que había a la entrada del jardín podía leerse el nombre del ocupante de la casa. Gullon, pensó el joven, no le había engañado.

El coche desfiló a marcha moderada por delante de la casa. Perkins creyó conveniente dar un gran rodeo, a fin de no volver por el mismo sitio y evitar así posibles sospechas. De pronto, al mirar por el espejo retrovisor, divisó un automóvil que le pareció sospechoso.

—Rick, me parece que nos siguen —advirtió.

—¿Eh? —Respingó el gigante, que se había acomodado con dificultad en el asiento contiguo al del conductor.

—Lo que oyes. Voy a hacer una prueba...

Perkins metió el coche por un camino lateral. A los pocos segundos, vio al otro vehículo, cuyo piloto había imitado puntualmente la maniobra.

—Sí, nos persiguen —confirmó.

—Bien, no te preocupes. Toma la secundaria número catorce. Yo me ocuparé del resto, Stuart.

Perkins aceleró la marcha ligeramente. Schaffer se volvió y estudió el coche perseguidor.

—Éstos no son los mismos que querían llevarte a dar un paseo —dijo a los pocos momentos—. Anda, acelera un poco más, hasta el límite de velocidad.

El límite, en aquellos parajes, estaba en ochenta kilómetros a la hora. Perkins mantuvo la aguja invariable en el mismo punto hasta que, de repente, Schaffer exclamó:

—Ahí viene un camino a la derecha. Métete por él lo más rápido que puedas, Stuart.

Perkins asintió. El lugar estaba completamente desierto. Schaffer soltó una risotada.

—A veces, rodamos algunas escenas en estos parajes —explicó.

El automóvil viró ceñidamente, levantando una nube de polvo con las ruedas traseras. El otro camino seguía una dirección ascendente, describiendo numerosas curvas en las colinas que abundaban en aquella zona. Schaffer vigilaba alternativamente la ruta y el coche que les seguía.

—¡Ahora! —exclamó—. ¡A la izquierda! ¡Frena y lárgate!

Perkins obedeció puntualmente la orden. En aquel lugar, la carretera hacía un ensanchamiento a la izquierda. Por la derecha, había un gran talud, terminado en un barranco de casi cien metros de profundidad.

Perkins se apeó y corrió hacia el otro lado de unos arbustos. En el mismo instante, pasaba el otro coche a toda velocidad.

Su conductor advirtió lo que sucedía y frenó, a la vez que viraba en redondo, provocando enormes nubes de polvo. Dio la vuelta y su coche quedó parado junto al del joven.

Dos sujetos se apearon inmediatamente del vehículo.

—¡Perkins! ¡Salga!

La portezuela derecha se abrió y Schaffer desplegó sus

doscientos quince centímetros de estatura. Al verle, los dos hampones se quedaron con la boca abierta.

Antes de que pudieran hacer nada, Schaffer agarró a los dos sujetos por el cuello.

—¡Stuart! —llamó.

El joven acudió a la carrera.

—¿Los conoces? —preguntó Schaffer.

—Nunca los había visto en mi vida.

—Regístralos. Puede que lleven armas.

Perkins encontró dos pistolas que lanzó sin más al barranco. Acto seguido, Schaffer tomó carrerilla y, con los hampones sujetos por los cuellos, suspendidos en el aire, cruzó la carretera a toda velocidad. Los dos sujetos siguieron el mismo camino que las pistolas y bajaron rodando, entre gritos de terror y pánico, por la pendiente del talud que, afortunadamente, era de tierra y no tenía una inclinación demasiado pronunciada. Pero cuando quisieron detenerse, habían recorrido ya la mitad del camino. Entonces, Schaffer empezó a tirarles piedras y los dos sujetos, magullados y llenos de polvo, huyeron despavoridos al oír los ominosos silbidos de los proyectiles que descendían de lo alto con tremendo ímpetu. Perkins, riendo desaforadamente, los vio detenerse en el fondo del barranco, blandiendo los puños en unos inútiles gestos amenazadores.

Pero el gigante no había terminado todavía. Fue al coche de los hampones y agarró el parachoques trasero. Luego tiró de él, arrastrándolo sin, al parecer, mayores dificultades, hasta situarlo al borde del talud. Entonces, se inclinó, metió las manos por debajo y lo levantó, hasta hacerlo volcar.

El coche bajó dando tumbos, con un horrrisono estruendo de metales abollados y vidrios rotos, hasta detenerse junto a un grupo de árboles. Acto seguido, Schaffer se volvió hacia el joven. Sonreía anchamente, a la vez que se sacudía el polvo de las manos.

—Listo —dijo.

Perkins se sentía pasmado.

—Nunca he visto una cosa igual —declaró.

—Si se dan cuenta de que me tienes como guardaespaldas, se lo pensarán dos veces antes de molestarte —aseguró Schaffer.

—Bueno, pero yo no te he contratado...

—Ellos no lo saben, Stuart.

Perkins hizo un gesto de asentimiento. Sí, la psicología podía jugar un papel muy importante en el caso.

—Creo que teníamos que hacer una visita —le recordó Schaffer.

—Sí, pero a la noche. Antes debo reunirme con... mi chica.

Mabel se quedó pasmada al conocer a aquel enorme individuo, aunque admitió haberle visto en un par de películas. Pero, dijo, la realidad era mucho más impresionante que la ficción. Lo que aparecía en la pantalla cinematográfica no daba apenas idea de lo que era Schaffer visto al natural.

Después de las primeras palabras de saludo, entraron en materia inmediatamente. A la pregunta de Perkins, Mabel contestó:

—Wood parece no estar enterado del asunto aunque, por pura lógica, no puedo descartarle por completo. He hablado también con el contable jefe. Los libros están en orden. No hay indicios de un desfalco, Stuart.

—Bueno, los libros pueden decir una cosa, pero eso no significa nada. Si tú traficas con determinadas mercancías y en tus libros aparecen cuarenta toneladas de existencias en el almacén, será preciso hacer un inventario para comprobar la veracidad o falsedad de las anotaciones en los libros. Si las cuarenta toneladas están en el almacén, entonces, no cabe duda; los libros dicen la verdad. Pero si falta parte de la mercancía, entonces, los libros han sido falseados.

Mabel entornó los ojos.

—Tratas de decirme que sería preciso hacer un arqueo de caja, con el estado de cuentas remitido por el Banco.

—Exactamente. ¿Puedes hacerlo tú?

—Sí, aunque no será el balance anual, sino uno de situación, es decir, sin detallar partidas.

—Un balance global —dijo Perkins—. Pero si, supuestamente, falta ese dinero y los libros están en orden, resulta preciso comprobarlo con el Banco.

—Lo haré mañana, Stuart.

—Entonces, sabremos si de verdad eres una estafadora. De todos modos —Perkins se frotó el mentón—, me gustaría echar un vistazo a esos libros.

—Puedo proporcionarte los medios —apuntó ella—. Dispongo de llaves de las oficinas y podríamos ir esta misma noche.

—Esta noche, no —respondió el joven—. Rick y yo tenemos trabajo.

—¿Qué trabajo? —se sorprendió Mabel.

—Algo que no debe ser contemplado por los hermosos ojos de una hermosa dama —declaró Schaffer.

Mabel miró a Perkins con expresión inquisitiva. El joven sonrió:

—Mañana conocerás los resultados y yo sabré si los libros de cuentas de tu oficina dicen la verdad —contestó.

CAPÍTULO VII

Moviéndose como sombras fantasmales, los dos amigos atravesaron el jardín por la parte posterior, Schaffer, al fin y al cabo experto, iba en cabeza. Al llegar a la puerta de la cocina, tanteó el pomo.

—Está cerrada con llave —siseó—. Pero no te preocupes, he venido preparado —añadió.

Soltó una risita.

—En el cine se aprende mucho —murmuró, a la vez que, con un diamante, empezaba a cortar uno de los vidrios.

Momentos después, metía la mano por el hueco y soltaba el pestillo interior. Siempre en silencio, entraron en la casa y, alumbrados por una diminuta linterna, apenas mayor que un lápiz, buscaron el dormitorio en donde encontraron a un hombre sumido en un sueño apacible.

Schaffer le tapó la boca con una mano. La otra quedó apoyada sobre su tórax, impidiéndole desprenderse de la cama. Simultáneamente, Perkins encendía las luces.

Los ojos de Dowley se abrieron, desorbitados, al verse despertado tan súbitamente. Intentó forcejear, pero era como luchar contra un muro de cemento.

—Corre bien todas las cortinas, Stuart —indicó el gigante.

Perkins hizo lo que le decían. Acto seguido, Schaffer agarró a Dowley por el cuello con ambas manos y lo levantó de la cama, manteniéndolo en alto durante unos momentos.

La cara del asesino empezó a congestionarse. Schaffer pidió algo a su amigo:

—Busca un cordón y átale los pies.

Momentos después, Dowley quedaba amarrado a una silla. En sus ojos había miedo, apreció Perkins.

—Se te acusa del asesinato de Linda Clancy —dijo Schaffer.

—No sé de qué me están hablando... —protestó Dowley.

—Lo sabrás muy pronto. Stuart, mira en el cuarto de baño; seguramente, encontrarás elementos para afeitarse el vello.

—Oigan, ustedes...

La manaza derecha de Schaffer se cenó en torno a la garganta del asesino.

—A callar, hasta que te lo ordenen —dijo severamente.

Perkins volvió del baño con una afeitadora a pilas.

—Déjale la cabeza monda —ordenó Schaffer. Y, burlonamente, añadió—: No te costará demasiado; tiene casi menos pelo que el lomo de una rana.

Dowley tuvo que someterse a ser despojado del poco pelo que le quedaba en la cabeza. Perkins no comprendía cuál era el objetivo de aquella operación, pero empezó a sospechar algo cuando su amigo le pidió que buscara una vela y la encendiese.

La vela quedó en el suelo, encendida. Entonces, Schaffer agarró al asesino, con silla y todo, y lo puso cabeza abajo. Luego, sosteniéndolo sin dificultad, procuró que su calva quedara a un palmo de la llama.

—Y ahora, empieza a hablar —pidió.

Dowley lanzó un chillido, acompañado de una obscena maldición. Impasible, Schaffer lo hizo descender veinte centímetros, aunque lo izó de nuevo en el acto.

—Si no hablas, encenderemos el horno y te herviremos los sesos —amenazó.

Dowley estaba ya completamente desmoralizado.

—Déjenme, lo contaré todo...

—Habla primero —exigió el gigante.

—Fue un tipo llamado Sewell —declaró Dowley.

Perkins se sintió súbitamente interesado al oír aquel nombre.

—Describalo —pidió.

La respuesta de Dowley le satisfizo por completo.

—Sí, es el mismo —dijo.

—¿Continuamos la fiesta? —consultó el gigante.

—Aguarda un momento. Dowley, ¿cuánto le pagaron por la muerte de Linda Clancy?

—Cuatro mil...

—¿Y por la de Logan?

Dowley apretó los labios. Schaffer le hizo descender de nuevo.

—¡Cinco mil! —chilló el asesino.

—Había unos papeles en el apartamento de Logan —dijo Perkins

—. ¿Se los llevó usted?

—Los eché al correo, dirigidos a Sewell.

Perkins apretó los labios.

—Tendremos que visitar a Enright, pero en su momento —murmuró—. Dowley, ¿qué me dice usted de Chafee?

—Yo no lo hice...

¿Y Ben Rounders?

Dowley guardó silencio. Era una respuesta significativa, pensó el joven.

—¿Por qué mató a Rounders?

—Yo no hago preguntas. Me pagan y eso es todo.

Schaffer se puso furioso y bajó de golpe al asesino, hasta apagar la llama con la chamuscada calva del sujeto. Dowley lanzó un aullido y se desmayó.

—Tipo flojo —gruñó Schaffer despectivamente.

Luego lo dejó a un lado. Perkins levantó una mano.

—Pero aún no hemos terminado —dijo.

—¿Qué es lo que falta, Stuart?

—Registrar la casa.

Media hora más tarde, habían encontrado un pequeño arsenal, muy bien escondido en un departamento secreto del frigorífico: dos pistolas, un revólver, una metralleta ligera, dos bombas de mano, seis cartuchos de dinamita, mecha y un despertador barato.

—Con esos elementos se gana la vida este sujeto —dijo el gigante.

—Quitándosela a otros, claro —añadió Perkins.

Tendido en el suelo, aún atado a la silla, Dowley les contemplaba con una expresión de furia impotente.

—En cuanto pueda, haré un par de trabajitos gratis —amenazó torvamente.

Schaffer se echó a reír.

—Me parece que tú vas a tardar mucho en salir a la calle. ¿No es así, compañero? Perkins hizo un gesto de asentimiento.

—Así es. Ahora mismo llamaremos a la policía —declaró.

Instantes más tarde, abandonaban la casa. Perkins hizo la

llamada desde una cabina situada a un par de cientos de metros. Luego emprendieron el camino de regreso.

—Nos veremos mañana, Rick —dijo el joven media hora después.

—De acuerdo, Stuart.

Mabel le llamó al día siguiente, hacia las cuatro de la tarde.

—Tengo noticias para ti, pero me gustaría hablar contigo en casa —manifestó.

—Muy bien, como quieras.

A las cinco y media, Perkins llamaba a la puerta del apartamento de la muchacha, Mabel, vestida con una bata, abrió casi en el acto.

Estaba muy pálida.

—Los libros, aparentemente, están en orden, pero en el Banco faltan doscientos setenta mil dólares —anunció, sin más preámbulos.

Perkins lanzó un tenue silbido.

—Eso es muy grave —dijo. Ella se retorció las manos.

—No sé qué hacer, Stuart...

—Lo primero, conservar la calma. Hay algo muy extraño y que, en cierto modo, te favorece. Todavía no se ha denunciado la falta de ese dinero.

—Pero pueden hacerlo en cualquier momento. Ya sólo faltan dos días y en cuanto se advierta el desfalco, yo iré a parar a la cárcel —exclamó Mabel angustiadamente—. Stuart, te lo juro; soy inocente...

Perkins le puso las manos en los brazos.

—Mabel, mírame.

Ella obedeció. Sus hermosos ojos estaban llenos de lágrimas.

—Alguien quiere perjudicarte —añadió el joven—. Y no se perjudica a una persona, a menos que se tengan motivos de resentimiento contra ella.

—También puede suceder que se quieran cargar las culpas sobre un inocente —alegó Mabel.

—Cierto, a veces, sucede así. Pero en tu caso, opino, hay otros motivos.

—Yo no sé...

—Enright te conoce.

—Sí.

—¿Has hablado con él?

—Varias veces...

Perkins notó en el acto cierta inseguridad en la voz de la muchacha.

—Apostaría algo a que Enright te ha hecho proposiciones y tú no has aceptado —dijo.

Mabel bajó los ojos. Sus mejillas se habían puesto súbitamente encarnadas.

—Debiste habérmelo dicho desde el primer momento —le reprochó el joven.

—Oh, pero ¿cómo iba a saber yo...?

—En cuanto empezaron a intervenir Sewell y Cox, sabíamos ya que Enright tenía algo que ver con el asunto. Dime, ¿qué pasó exactamente?

Nerviosa, Mabel busco un cigarrillo. Perkins se lo encendió con su propio mechero.

—Es que... tampoco se puede asegurar que haya sido él... —dijo la joven con voz entrecortada—. En realidad, sólo mencionó el asunto en una sola ocasión.

—¿Cuándo?

—Hará cosa de seis o siete semanas. Dio una fiesta en su residencia y yo asistí, aparte de otros empleados. Wood también fue... Enright está casado, pero encontró el momento de hacer un aparte conmigo. Me lo propuso con toda claridad. Dijo que no le gustaban los rodeos y que ya éramos ambos mayores para saber lo que queríamos. Aunque en el primer momento me sorprendió de lleno, reaccioné casi enseguida y le contesté en sentido negativo, aunque sin aspavientos. No es el primero que me dice algo semejante, Stuart.

—Me lo imagino —sonrió Perkins—. ¿Qué dijo Enright?

—Pues... se portó muy civilizadamente y aceptó la negativa sin enfurecerse, que es lo que yo temía. Luego pensé que iba a tomar represalias contra mí, pero no fue así. No sucedió nada, hasta que firmé esos documentos tan imprudentemente.

—Y Logan los robó, para hacer el juego a Enright, y luego éste lo hizo asesinar y se quedó con los documentos. —Perkins reflexionó durante unos segundos y luego añadió—: Dijiste que podíamos

examinar los libros, Mabel.

—Sí. Tengo las llaves de la oficina —contestó ella.

—Entonces, vístete. Vamos a ver esos libros.

La joven corrió a su dormitorio. Perkins se sirvió una copa. ¿Podía portarse Enright de una manera tan ruin?

Tal vez, se dijo, dos días más tarde, le presentaría los documentos y le pediría sin ambages que cediese a sus pretensiones o la enviaría a la cárcel. La cosa parecía clara... si no se tenían en cuenta las muertes de Rounders y Chaffee. Los asesinatos de Logan y su chica sí parecían relacionados directamente con el caso, pero ¿y los otros dos muertos?

La fama de Enright no era buena. Quizá Rounders y Chaffee habían tomado parte en algunos de sus negocios sucios y luego habían resultado ser hombres que podían comprometerle. Pero cada vez estaba más firmemente convencido de que era Enright el autor de aquella repugnante trama.

Mabel apareció a poco, ataviada con una chaquetilla corta, blusa y pantalones. Pendiente del hombro llevaba un bolso.

—Cuando quieras, Stuart —dijo.

Perkins volvió a mirarla.

—Tú eras la princesa y yo el sapo que croaba a la orilla del camino —sonrió.

Mabel le puso una mano en el brazo.

—Por favor —rogó.

—Sí, será mejor que nos marchemos —suspiró él.

De pronto, Mabel se quedó quieta.

—¿Qué pasaría si nos quedásemos, Stuart?

Hubo un instante de silencio. Perkins vio el rostro de la muchacha animado de una extraña determinación. Los senos de Mabel, breves, pero firmemente redondeados, se movían a causa de su respiración súbitamente alterada.

—Sí... nos quedásemos... —Tragó saliva, pero consiguió hacer acopio de valor para resistir la tentación—. Si nos quedásemos —añadió—, no podríamos examinar los libros.

Mabel sonrió dulcemente. Fue hacia el joven y le besó en los labios.

—Eres un chico maravilloso —murmuró—. Sí, vamos.

El edificio había quedado prácticamente vacío. Perkins y la

joven subieron en el ascensor hasta la planta correspondiente. Al salir, Mabel abrió su bolso y buscó las llaves de la oficina.

En aquel momento, salía un hombre por otra puerta. Ralph Webster se quitó el cigarro de la boca y miró a la pareja con gesto de inequívoca sorpresa.

—¡Perkins!

El joven se volvió.

—Ah, es usted —dijo, desdeñoso. Webster avanzó hacia él.

—Tenemos que hablar, Perkins —manifestó.

—Todo está hablado entre nosotros dos —respondió Perkins fríamente.

—Espere, déjeme que le explique...

—Adiós, señor Webster. ¿Vamos, Mabel?

—Lo que tú digas, Stuart —contestó la muchacha.

Webster, desconcertado, no atinaba a reaccionar debidamente. Antes de que hubiera podido recobrar el habla, Perkins y Mabel habían desaparecido ya de su vista.

—Bien —dijo Perkins instantes más tarde—, ya estamos en la cueva de los ladrones.

—A veces, pienso que es la expresión correcta —manifestó la joven—. Créeme, Stuart, si consigo resolver este asunto a satisfacción, abandonaré el empleo.

—¿Y qué harás entonces?

Mabel se encogió de hombros.

—No lo sé, aún no lo he pensado —dijo.

Abrió otra puerta y lanzó un grito de sorpresa.

—¿Qué sucede? —exclamó Perkins.

Mabel se había quedado parada ante el umbral. Perkins se empinó para mirar por encima de su hombro derecho.

Había un hombre sentado en la butaca situada al otro lado de la gran mesa de despacho que formaba parte de la decoración. El individuo tenía la cabeza doblada sobre el pecho, en el que se veía una gran mancha de sangre.

—Está muerto —exclamó Perkins.

Mabel parecía a punto de ir a desmayarse, por lo que el joven se apresuró a sostenerla por un brazo.

—¿Lo conoces? —preguntó.

—No, no le he visto en mi vida —respondió Mabel con voz que

apenas si podía escucharse.

CAPÍTULO VIII

—Stuart, Enright quiere que vaya a su casa —dijo la joven al día siguiente.

Perkins tardó algunos segundos en reaccionar. Aún estaba en la cama y no se había despejado por completo. La jornada anterior había tenido un final muy movido. Aún se estremecía al recordar el jaleo producido por el hallazgo de un hombre asesinado en el despacho del director Wood.

El muerto había sido identificado muy pronto. Perkins recordaba todavía la perplejidad de Mabel al conocer la personalidad de la víctima. También él se sentía lleno de dudas. El asunto, se dijo, estaba cada vez más embrollado.

—Stuart, te he hecho una consulta —insistió Mabel, en vista del silencio de su interlocutor.

—¿Te apremia Enright?

—Bastante.

—Bien, si vuelve a llamarte, dile que irás dentro de una hora, aproximadamente. Yo pasaré a recogerte en cuanto me haya vestido.

—De acuerdo.

Schaffer se asomó en aquel instante por la puerta del dormitorio.

—¿Problemas, hermano? —preguntó.

—Parece que no faltan —sonrió Perkins, a la vez que saltaba de la cama.

—He comprado los periódicos. Vienen buenos —sonrió el gigante.

—Me lo imagino. Voy al baño, Rick.

—Tendrás café caliente cuando salgas, Stuart.

Media hora más tarde, Perkins y Schaffer estaban en la calle. Mabel se reunió con ellos poco después.

—¿También viene Rick? —preguntó.

—No estorbará, encanto —respondió Perkins—. Dime, ¿cómo está Enright?

—Yo diría que echa humo, Stuart.

—Sí, tiene que sentirse molesto —convino el joven pensativamente.

Lefty Cox en persona abrió la verja que cerraba el acceso a la lujosa residencia de Enright. Fue a decir algo, pero vio al gigante y apretó los labios.

Perkins condujo el coche hasta la fachada delantera. Sewell apareció en la puerta.

—El jefe llamó sólo a la señorita Chilton —dijo, adusto.

—He considerado necesario hacerme acompañar por mi consejero legal —declaró Mabel.

Sewell dirigió al joven una extraña mirada. Perkins no dejó de tener en cuenta el gesto. Mientras Schaffer quedaba junto al coche, él y Mabel caminaron rodeando la casa, hasta llegar a la terraza posterior.

Enright se hallaba junto a la enorme piscina, bajo una gran sombrilla de vivos colores. Estaba en traje de baño, aunque se había puesto una bata afelpada, sin duda por haber salido del agua hacía poco tiempo.

Las espesas cejas del sujeto se levantaron al ver a Mabel acompañada de un hombre.

—¿Quién es? —preguntó.

—Stuart Perkins, asesor legal y financiero de la señorita —contestó el joven, impertérrito.

—Quiero que sepa todo lo que hablemos usted y yo y me aconseje, si es preciso —añadió Mabel.

—Está bien, siéntense —accedió Enright, de mala gana—. ¡Dag, café! —gritó.

—Pero que no le eche veneno —pidió Perkins, irónico.

Enright le dirigió una dura mirada. No hubo más palabras, hasta que Sewell se hubo alejado, después de traer una bandeja provista con todo lo necesario.

—Kelly Jones fue asesinado ayer por la tarde —dijo Enright, después de una larga pausa—. Ustedes descubrieron su cadáver. ¿Qué hacían allí?

—Si ha leído los periódicos, debería saberlo —contestó Perkins

—. En cambio, nosotros ignoramos a qué había ido Jones a la oficina.

—Era un experto contable y, también, mi asesor financiero particular. Lo envié yo —declaró Enright.

—¿Por qué?

—Alguien ha amañado los libros. En esa empresa, faltan doscientos setenta mil dólares.

—No es una minucia, ciertamente. ¿De quién sospecha usted?

Los ojos de Enright fueron hacia la joven.

—Yo no he tomado ese dinero —declaró Mabel, encamada hasta la raíz del pelo.

—Si sospecha de ella, ¿por qué no ha ordenado una investigación en su cuenta bancaria? —preguntó Perkins.

—Hay muchas formas de enmascarar un fraude...

—También hay muchas maneras de culpar a una persona de algo que no ha cometido.

—Oiga, yo no la acuso a ella.

—Por lo que hemos oído hasta ahora, usted la cree culpable.

—¡Maldita sea! —Enright se puso en pie violentamente—. Alguien está tratando de hundirme y yo quiero averiguarlo.

—Claro, a base de ordenar el asesinato de ciertas personas que le estorban —dijo Perkins sarcásticamente.

—¿A quiénes se refiere usted?

—Dawe Logan, en primer lugar. Quien lo mató, fue un asesino profesional, contratado por Sewell.

—No he leído nada al respecto...

—Porque Dowley no lo ha dicho así ante la policía, ya que le perjudicaría. Pero a mí sí me lo dijo. Fue Sewell el que le pagó cinco mil dólares por deshacerse de Logan y robarle unos documentos que luego le envió por correo. Sewell, también, contrató a Dowley para que matase a Linda Clancy porque, seguramente, esa mujer estaba enterada de algo que podía comprometerles, ya que era la amante de Logan. Los documentos, en fin, aunque firmados por la señorita Chilton, no son sino una hampa para hacerla aparecer culpable de un desfalco de doscientos setenta mil dólares.

Enright parecía estupefacto.

—¿De dónde ha sacado esa absurda historia? —barbotó.

—Es real como la vida misma —sonrió el joven—. Los libros, aparentemente, están bien, pero en el Banco falta la suma mencionada. Y la culpable, según la ley, es Mabel Chilton... por haber firmado imprudentemente unos documentos, cuyo contenido debió haber estudiado a fondo antes de darlos por buenos.

—Oiga, le aseguro que yo...

—Su fama no abona precisamente sus protestas de inocencia. ¿Qué le sucede, Enright? ¿Acaso quiere vengarse de Mabel, porque ella le rechazó hace algunas semanas?

La cara del sujeto se congestionó.

—Ella se lo ha dicho —gruñó.

—Sí.

—Está bien, le propuse que se convirtiese en mi amante. ¿Y qué? Pasa a diario, pero ella me rechazó.

—Usted, despechado, se dijo entonces que iba a tomarse su desquite. ¿Para qué la ha llamado hoy, si no es para amenazarla con la cárcel, en el caso de que no acceda a meterse en la cama con usted hoy mismo?

Mabel se escandalizó al oír aquellas palabras.

—¡Stuart, por Dios! —exclamó.

—¿De qué te asombra? —dijo el joven—. ¿Acaso no era eso lo que pretendía este repugnante sujeto? ¿Qué más da la forma en que se expresen sus pretensiones, si todos sabemos qué es lo que quiere?

—Está equivocado, Perkins —bramó Enright—. Admito que se lo propuse, pero ella se negó y olvidé el asunto por completo. No es la primera que me rechaza y no por eso hago un drama de la negativa. En este mundo sobran mujeres, Perkins, se lo aseguro.

—Sí, le creo, pero hay muy pocas como Mabel. Y muy pocos tipos tan ruines como usted.

Enright se pasó una mano por la cara.

—Dejemos esto —propuso—. Yo no he llamado a Mabel para reiterarle algo que sabía no podría conseguir. Lo único que deseaba era que me diera ciertos informes sobre la marcha del negocio. A fin de cuentas, ella es uno de los ejecutivos y tiene que estar enterada de muchas cosas.

—Los libros están amañados —dijo Mabel—. Reflejan una marcha normal de ingresos y pagos, pero en el Banco faltan doscientos setenta mil dólares. Esos documentos, los que robó

Logan, ignoro cómo, me acusan plenamente. Sin embargo, puedo jurarle que no he tocado un solo centavo del dinero que no es mío.

—Entonces, ¿quién diablos hizo el desfalco?

—¿Sólo sospecha usted de Mabel? —preguntó Perkins.

—Wood, el director, y McCabe, el contable jefe, son personas de mi absoluta confianza —declaró Enright—. Precisamente los puse en sus puestos, porque no habría podido encontrar otros mejores. A Mabel, si no recuerdo mal, fue Wood quien le concedió el empleo.

—Eso es cierto —admitió la muchacha.

—Pero no por ello resolvemos nuestras dudas. Los documentos están en poder suyo...

—¡No los tengo! —vociferó Enright.

Perkins se desconcertó al escuchar aquellas palabras. Enright, se dijo, parecía sincero.

—El caso es que Dowley fue contratado por Sewell —dijo—. Y según declaró Dowley, los documentos encontrados en el apartamento de Logan, le fueron enviados a éste por correo.

Los labios de Enright se contrajeron súbitamente.

—Está bien. Llamaré a Sewell. —Alzó la voz—. ¡Dag! Ven inmediatamente.

No hubo respuesta alguna, sólo el silencio. Perkins empezó a alarmarse.

—¡Dag! —tronó Enright—. ¿Quieres venir, pedazo de imbécil?

A Perkins le extrañó aquel silencio. La residencia parecía desierta, a excepción de ellos tres.

—¿Está su esposa en casa? —preguntó.

—No, se fue a Miami, con una amiga. Incluso se llevó a su doncella particular. La cocinera ha salido a la compra y estará fuera todo el día —contestó Enright de mal talante—. Pero ¿qué diablos le pasa a ese condenado Sewell?

—Lo mejor será que vaya a averiguarlo —dijo el joven.

Echó a andar, dio la vuelta a la casa y entonces vio a su amigo tumbado boca abajo en el suelo.

Fue preciso esperar a que Schaffer se recuperase en aquel mismo lugar. El gigantón tenía un enorme bulto en el cogote. Perkins apreció la hinchazón y se dijo que otro hombre quizá estaría ya muerto. Los huesos del cráneo de Schaffer debían ser durísimos.

Al fin consiguieron que Schaffer se sentase en el suelo.

—Me siento avergonzado —declaró, cuando estuvo en condiciones de hablar—. Esos tipos me distrajeron. Uno de ellos me atacó, sin darme cuenta...

Enright se sentía poseído por una furia inmensa.

—De modo que fueron los dos —exclamó.

—Sí, estoy completamente seguro. Yo tenía a Sewell justo frente a mí. Noté que el otro se acercaba y me volví un instante. Me sonrió amistosamente. Dijo que nunca había visto a un tipo tan fuerte como yo y que no me guardaba rencor por lo que les había hecho. Entonces, me pareció que Sewell hacía un gesto raro y me volví hacia él. Cox aprovechó la ocasión...

Ya estaban al borde de la piscina. Perkins llenó una taza de café y se la entregó a su amigo.

—Le han dejado solo, Enright —dijo—. Es evidente que son unos traidores, pero la cuestión más importante es: ¿Para quién trabajan ahora?

—Cuando les ponga la mano encima... —Gruñó el dueño de la casa—. Todavía tengo amigos fieles, aunque no se lo crean.

—Sí, pero Cox y Sewell me vigilaban a mí y era por habérselo ordenado usted —alegó Perkins.

—Lo admito. Ya sabía que faltaba ese dinero y quería averiguar quién se lo había llevado. Lo malo es que aprovecharían esa vigilancia para informar al tipo que les convenció de que me traicionaran.

—No cabe la menor duda. Oiga, usted ha mencionado antes a un tal McCabe... Pero Kelly Jones también era su contable.

—Sólo para mis asuntos privados. McCabe es el contable jefe del negocio en que trabaja la señorita Chilton —explicó Enright.

—¿Le dijo McCabe algo sobre la falta del dinero?

—Sí.

—Bueno, McCabe llevaba los libros...

—Pero anotaba solamente lo que le decían.

—Nunca he visto a un contable jefe que no compruebe la exactitud de las anotaciones que debe hacer en los libros de cuentas —declaró Perkins—. Entiendo un poco del asunto, créame.

—Es la verdad —replicó Enright malhumoradamente—. Alguien se ha aprovechado de mí y me ha birlado lindamente más de un cuarto de millón largo.

—Pues si Mabel no ha sido y McCabe resulta también inocente, sólo queda un sospechoso: Lester Wood, el director.

Sobrevino una pausa de silencio. Enright se sirvió una buena dosis de escocés y la despachó de un trago.

—Hoy mismo hablaré con él —aseguró.

—¿Qué me dice de Mabel? Si el dinero no ha sido repuesto antes de las doce del mediodía de mañana, ella irá a parar a la cárcel, acusada de desfalco.

—Ese dinero estará de nuevo en la caja antes de que cierre el Banco —prometió Enright solemnemente.

CAPÍTULO IX

—¿Crees que Wood puede ser el causante de todo? —preguntó Perkins minutos después, cuando ya habían abandonado la residencia de Enright.

Mabel parecía desmoralizada.

—Ya no sé ni qué pensar...

De todos modos, puedes estar tranquila. Enright confía en tu inocencia y ha prometido reponer el dinero que falta.

—Los documentos no han aparecido todavía.

—Eso ya no importa —contestó el joven—. Lo interesante es que ya no tienes nada que temer. Rick, ¿cómo va tu cabeza? —preguntó, dirigiéndose al gigante, que estaba casi tendido en el asiento posterior del coche.

—Me parece un tambor después de un desfile —se lamentó Schaffer.

Perkins se echó a reír.

—Eso te enseñará a no confiar en la gente —dijo—. Mabel, ¿tienes algún plan para hoy?

Ella hizo un gesto negativo.

—No, pero quiero estar sola. Necesito reflexionar, Stuart —manifestó.

—Muy bien, te dejaré en casa. Rick, ¿adónde quieres ir tú?

—¿Puedo quedarme en tu apartamento? —consultó el gigante.

—Claro, hombre, no faltaría más.

Media hora después, Perkins abrió la puerta de su piso, Sonaba el teléfono y corrió a levantarlo.

—¿Sí?

—Hola —oyó una voz femenina—. Soy Rhoda.

—¿Qué tal, muñeca? —sonrió el joven.

—Tengo algo interesante. ¿Puedes venir, Stuart?

—¿Ahora?

—Ahora.

—Está bien, preciosidad.

Perkins dejó el teléfono sobre la horquilla y se encaminó nuevamente hacia la puerta. Por encima del hombro, dijo:

—Rick, estás en tu casa.

—¿Hay algo en el frigorífico, Stuart?

El joven se estremeció. Pensando en el fenomenal estómago de su amigo, calculó que la nevera estaría vacía a su regreso.

—Encima de la mesa tienes una agenda de direcciones. Llama a la tienda y haz un pedido a mi cuenta —indicó.

—De acuerdo, Stuart. Y gracias.

—No hay de qué, pequeñín.

Rhoda le recibió, envuelta en una fastuosa bata de tipo oriental, decorada en negro, rojo y oro, y fumando en una larga boquilla de marfil. La bata tenía los suficientes orificios para advertir que debajo de ella no había otra cosa que un cuerpo lleno de atractivos.

—Debe de ser importante, cuando me has hecho venir a escape —sonrió el joven.

—Lo es —admitió Rhoda—. ¿Te apetece algo de beber?

—*Whisky* con hielo, por favor.

Rhoda preparó dos vasos, al entregar uno a Perkins, dijo:

—Enright está en un grave aprieto.

—¿Le van a acusar del asesinato de su contable personal? —preguntó el joven, después de tomar un buen trago.

—Algo peor, Stuart.

—Bien, ¿por qué no lo sueltas ya, muñeca?

—Me lo dijo una de mis... clientes. Somos bastante amigas y nos contamos la mayor parte de las cosas.

—Un día me gustaría asistir a una de vuestras conversaciones, oculto detrás de una cortina —sonrió Perkins.

—¿Tienes el vicio de mirar detrás de las cortinas? —preguntó Rhoda maliciosamente.

—No. Siempre prefiero ser el protagonista. Pero continúa, por favor.

—Está bien. Hace algún tiempo, Enright hizo un pedido de droga, por valor de un millón, al por mayor. Vendíéndola en pequeñas dosis, podía decuplicar las ganancias sin dificultad. Pero hubo un chivatazo y la policía consiguió echar mano a la mayor

parte de la droga, digamos un noventa por ciento. No obstante, Enright consiguió que su nombre no se relacionara con ese asunto.

—Esto se pone muy interesante. ¿Qué más?

—Bueno, al adquirir la droga, Enright, se comprometió a pagar el millón en cuatro plazos. Los vendedores, como puedes comprender, no quieren saber nada de la pérdida de la mercancía. Ellos la habían entregado ya; de modo que si Enright se quedó sin la mercancía, la culpa era suya y de nadie más.

—Lógico, como en todos los negocios —sonrió Perkins.

—Bien, por lo visto, Enright había pagado ya tres de los plazos, pero le faltaba el último. Y anda escaso de fondos, es todo lo que puedo decirte. Stuart, a esa gente no le importan los problemas de los otros. Sólo les interesa cobrar, ¿entiendes?

El joven se puso rígido en el acto.

—Entonces, lo hizo él —murmuró.

—¿Qué es lo que hizo? —quiso saber Rhoda.

—Oh, no te preocupes. Aún no estoy seguro... —De pronto, Perkins concibió una idea—. Rhoda, ¿puedes decirme dónde vive esa chica?

—Stuart, eso no me gusta nada —se enojó ella.

—Aguarda, mujer, no pienses mal. Sólo quiero hablar con tu amiga y también... ¿sabes dónde puedo encontrar al cliente de tu amiga?

—Estará con ella, seguro. Cada vez que ha venido a la ciudad, me llama por teléfono. Mi amiga no acepta clientes si no intervengo yo. Es lo acordado. Claro que él no sabe nada de mí; sólo tiene mi número de teléfono y me llama para que avise a Anita...

Perkins sonrió.

—Anita, ¿qué más?

Rhoda lanzó un hondo suspiro.

—Anita Greys. Él se llama, o dice llamarse. Tony Philips. No le conozco, no le he visto nunca —contestó.

—¿Dónde vive Anita, encanto?

—Pinewood Road, ochocientos veintisiete. Pero ¿qué piensas hacer?

—Descuida, eso es cosa mía.

Perkins inició la media vuelta para marcharse, pero ella le sujetó por un brazo.

—¿Tanta prisa tienes? —preguntó incitantemente.

La bata se abrió de súbito, dejando ver la mitad izquierda del hermoso cuerpo de la asesora sentimental. Perkins sonrió a la vez que avanzaba las manos en busca de los turgentes senos femeninos.

Pero, de súbito, notó un cambio de expresión en la cara de Rhoda. Antes de que pudiera adivinar de qué se trataba, notó que le tocaban en el hombro.

Se volvió en redondo, apartándose a un lado. Entonces, Mabel, furiosísima, disparó su mane derecha, convenientemente cerrada, contra el ojo izquierdo de Rhoda, quien quedó sentada de golpe en el suelo.

Mabel se inclinó sobre la asesora sentimental.

—Olvide a este hombre, ¿me entiende? —dijo coléricamente.

—Oiga, señorita...

—Tú, Stuart, sátiro repugnante, sal de aquí ahora mismo —ordenó Mabel con acento imperativo.

Rhoda se puso en pie vivamente, sin importarle que la bata se hubiese abierto ahora por completo. Fue a lanzarse contra Mabel, pero la muchacha golpeó primero su estómago y luego le dio un directo a la mandíbula, que volvió a lanzarla de nuevo al suelo. Rhoda quedó aturdida y ahora sin ánimos para replicar al furioso ataque de su oponente.

—Lo siento, Rhoda —dijo Perkins, a la vez que salía casi a viva fuerza de la casa—: Yo no sabía nada...

Pero una vez en la calle, se encaró con la joven, haciendo vivos esfuerzos por dominar su irritación.

—¿Te has vuelto loca? —exclamó—. ¿Por qué has tenido que pegar a esa mujer?

—Ah, te sabe mal que os haya interrumpido la fiesta, ¿verdad? —contestó Mabel, todavía muy enojada.

—Espero que no lo hayas echado a perder —dijo Perkins.

—Echar a perder, ¿qué?

—Mi plan.

—¿Por qué no te explicas, Stuart?

—Te lo diré de una vez. A pesar de todas sus protestas de inocencia, es muy probable que Enright sea realmente el culpable.

—¿Te lo ha dicho esa fulana?

Perkins miró de hito en hito a la joven.

—Nunca te había visto bajo ese prisma ni me imaginé que podías emplear un lenguaje semejante —le reprochó.

—Soy una mujer de carne y hueso y también pierdo los estribos en ocasiones —respondió Mabel sin abandonar su tono malhumorado.

—Y yo que quería ayudar a la princesa...

—Déjate ahora de lamentaciones. ¿Qué te ha dicho Rhoda Mills?

—En primer lugar, ¿cómo diablos se te ha ocurrido venir a su consultorio?

—¿Consultorio? ¡Eso es un centro de distribución de citas con prostitutas!

—Mabel, nos estamos desviando de la cuestión. Respóndeme, ¿cómo has venido aquí?

—Muy sencillo. Te llamé a tu casa y Rick me dijo dónde estabas. No se puede una fiar de los hombres; apenas das media vuelta y ya están buscando a una zona para saciar sus perversos apetitos sensuales.

—No seas ridícula. Yo vine a ver a Rhoda porque ella me llamó y dijo que tenía algo importante que decirme. Claro que luego se lió la cosa y... No soy un poste de madera, Mabel.

—Está bien, ¿qué es lo que te ha dicho?

—Enright está entrampado.

—No me digas —se burló ella.

—Y yo quiero comprobarlo —añadió Perkins, impasible.

—Entonces, iremos los dos...

—Nada de eso. Tú te volverás a casita y aguardarás allí a que te llame, ¿entendido?

—¿Hablas en serio?

Hubo un instante de silencio. De pronto, Perkins aganó a la joven con los brazos, la alzó en vilo y atravesó la acera hasta el lugar donde se hallaba su coche. Luego la depositó en el suelo, abrió la portezuela y acabó atizándole una fuerte palmada en las posaderas.

—¡A casa! —bramó.

—Oh, Stuart —dijo ella plañideramente—. Yo sólo quiero ayudarte...

—Pues... —De súbito, Perkins recordó algo—. Si quieres ayudarme de veras, ve a visitar a Wood y háblale del asunto con

toda franqueza. Pídele que te cuente todo cuanto se refiera a las finanzas de Enright, todo lo que sepa, naturalmente. A la noche nos veremos, ¿me has oído?

—Está bien, pero ten cuidado... Perkins se inclinó hacia el coche.

—¿Por qué he de tener cuidado? —preguntó, sonriendo.

Mabel sonrió también y le acarició la mejilla.

—Empiezo a sentir celos de las otras mujeres —respondió.

—Sólo soy un pobre sapo que se pasa el día croando a la orilla del camino.

—El sapo se convertirá un día en el príncipe que conquistará la mano de la princesa —dijo Mabel.

—Eso no puede ser; debo de estar soñando...

—Ven a verme a la noche sin falta. Stuart.

—Iré, te lo prometo.

Mabel arrancó. Perkins quedó unos momentos en el mismo sitio. Luego, recordando lo ocurrido, volvió la cabeza y lanzó una mirada al «Consultorio Sentimental». Lo mejor era levantar el campo cuanto antes, se dijo.

Unos cientos de metros más adelante, se detuvo junto a una cabina telefónica. La colaboración de Rick Schaffer, estimó, resultaba indispensable.

CAPÍTULO X

Tony Philips, se dijo el joven, debía de ser el mensajero de una poderosa organización, cuyos jefes, naturalmente ocultos en la sombra, debían de sentirse impacientes por el retraso en el pago del último plazo de la suma convenida. A Perkins no le interesaba el asunto de las drogas, aunque, en el fondo, se alegraba de que el negocio se le hubiese estropeado a Enright. Lo único que deseaba era evitar que Mabel fuese a presidio.

Anita Greys vivía bien, con lujo, según se podía apreciar al contemplar la casa desde el exterior. Debía de tener buenos clientes y percibir altos honorarios por sus servicios. Anita, pensó divertidamente, no debía de tener problemas sentimentales en absoluto.

Cruzó el jardín y llamó a la puerta. Impasible, observó que alguien escrutaba a través de la mirilla. Al cabo de unos segundos, alguien abrió desde el otro lado.

—¿Qué desea? —preguntó la mujer.

Era pelirroja, de figura exuberante, oculta parcialmente por una bata, muy ajustada a la cintura. Los pechos amenazaban desbordar por el escote. Las caderas, estimó Perkins, eran exageradamente amplias. Claro que había hombres a los que les gustaban las mujeres de aquel calibre.

—Anita Greys, supongo.

—Sí...

—Me envía Rhoda.

—Lo siento. No puedo hacer nada por usted.

Perkins enseñó un abanico de diez billetes de a cien.

—Son para usted por dejarme pasar y hablar con Tony —susurró—. No he venido a lo que piensa, Anita.

Ella entornó los párpados, espesamente cargados de maquillaje.

—¿Habla en serio?

El joven cerró el abanico y lo introdujo en el profundo valle de los pechos femeninos.

—Llámale. Ah, y no temas, sólo quiero hablar con él.

Anita sonrió.

—De acuerdo...

—Stuart Perkins es mi nombre.

—Bien, Stuart. Pasa y aguarda unos momentos.

El joven cruzó la puerta. Anita se alejó, con gran bamboleo de caderas. Bien mirado, aquella casa y su dueña eran los mejores remedios para entretener el aburrimiento de la espera.

Tony Phillips llegó cinco minutos más tarde, en mangas de camisa. Era un hombre de unos treinta años, muy guapo, con el pelo rizado y brillante como ala de cuervo. «Algo más que un matón y menos que un jetazo», pensó Perkins en el acto.

—Anita me ha dicho que quiere hablarme, señor Perkins —habló con voz un tanto chillona.

—Puede llamarme Stuart, Tony —sonrió el joven—. Sí, quiero hablar con usted acerca de una deuda de un cuarto de millón de dólares. El deudor se llama Manny Enright. El cuerpo de Philips se puso rígido en el acto. Perkins le vio echar mano al bolsillo posterior. Sin duda, tenía allí un revólver de pequeñas dimensiones.

Pero casi en el mismo instante, sin que el arma tuviera tiempo de salir de su escondite, dos poderosas manos alzaron a Philips en vilo.

Anita, pasmada, se derrumbó sobre un butacón.

—¡Cielos! ¿De dónde ha salido ese gigante?

—Quizá, en alguna ocasión, le has visto en el cine —sonrió Perkins. Miró al hampón—. Tony, debe saber que quiero hablar con usted y que no deseo causarle ningún daño. Pero sería conveniente que empezase a pensar en que incluso sus jefes pueden estar interesados en esta conversación.

Philips, que no acababa de entender muy bien lo que le sucedía, estaba terriblemente pálido.

—¿Qui... quiénes este hombre? —tartamudeó.

—Un amigo mío, que mide dos metros y quince centímetros y pesa ciento treinta kilos. Rick, haz descender al señor Philips, pero no lo sueltes.

—Está bien.

Los pies de Philips tocaron el suelo nuevamente. Schaffer le sujetaba con una de sus manazas, lo que no le impidió volver un poco la cabeza. Al hacerlo, su nariz chocó contra el poderoso tórax del gigante, bastante más abajo de la barbilla. Entonces, se tambaleó y hubiera caído al suelo, de no haber sido por la mano de Schaffer.

—No exageraba, Tony —dijo Perkins complacidamente—. Anita, tu amigo se ha mareado un poco. Dale un trago, por favor.

—Sí, Stuart.

Los colores volvieron lentamente a la cara de Philips. Perkins le permitió sentarse en una butaca, aunque Schaffer se había situado a su lado, a fin de evitar cualquier reacción hostil.

—Continuemos, Tony —propuso el joven.

—¿Qué es lo que le interesa a usted de este asunto? —preguntó Philips hoscamente.

—La deuda de Enright. ¿Es cierto?

—Sí.

—Sé que pagó los tres plazos de los cuatro convenidos, pero que ahora se halla retrasado en el último plazo. ¿Por qué?

—No lo sé. Me dijeron que viniera a buscar el dinero a cualquier precio, eso es todo.

—Tony, no le voy a preguntar quiénes son ni dónde están sus jefes. Es ese dinero solamente lo que me interesa, ¿está claro?

—¿Se lo quiere quedar usted?

Perkins sonrió.

—No. Sólo quiero evitar que una persona a la que aprecio muchísimo sea acusada de haberse apoderado de ese dinero.

—¿Cómo? ¿Entregó Enright el cuarto de millón a otra persona? —exclamó Philips, a la vez que daba un salto en el asiento.

—No, no, usted no me ha comprendido. Ese cuarto de millón, más veinte mil dólares, que no tienen parte en su asunto, es un dinero fantasma, pero, por culpa del cual, esa persona inocente puede ir a la cárcel.

—Sigo sin entenderle —declaró Philips, sin abandonar su expresión adusta—. Además, ¿qué diablos me importan sus problemas?

—¿Quiere que mi amigo le rompa unos cuantos huesos?

Philips se estremeció.

—Por todos los diablos... ¡Anita! ¿Cómo han sabido estos tipos que yo estaba en tu casa?

—No lo sé —respondió la aludida.

Perkins simuló astucia.

—Tengo confidentes por toda la ciudad —dijo—. Es un caso que me apasiona especialmente y, repito, no quiero interferir sus relaciones con Enright. Para que lo comprenda de una vez, Tony; mañana, a las doce, finaliza el plazo para que esa persona reponga el dinero que, aparentemente, desfalcó a la empresa de Enright. ¿Lo ve claro ahora?

—Ah, vamos, ese tipo firmó indebidamente unos papeles...

—Tony, empiezo a pensar que es usted más listo de lo que me imaginaba. Bien, ¿qué más me dice sobre el particular?

Philips remoloneó un instante.

—Muy bien, le diré una cosa —habló por fin—. Mañana, a las once, estoy citado con Enright en el Banco. Ha prometido entregarme el cuarto de millón que nos debe. Eso es todo.

—¿Seguro?

—No tengo por qué engañarle, Stuart.

—Gracias, Tony.

Perkins hizo una señal con la mano. Schaffer quitó las balas del revólver y se las guardó en el bolsillo.

—Los problemas que sus jefes tengan con Enright no me interesan, repito —dijo el joven—. Puede estar seguro de que nadie sino nosotros conocerá el resultado de esta conversación.

Empezó a caminar hacia la puerta.

—Pero si veo que me ha engañado, Tony, créame, sus jefes lo sabrán y usted no ignora que ellos castigan muy duramente ciertas cosas.

—Oiga, yo cerraré el pico, pero usted ha de prometerme guardar silencio.

—Si me ha dicho la verdad, cuente con mi total discreción.

—Y yo soy sorda —añadió Anita intencionadamente.

Perkins estaba ya en la puerta. Antes de abrir, dijo:

—Ahora, Anita le hará olvidar sus preocupaciones. Tiene un verdadero arte para conseguir entretener a los hombres. Y eso es mucho mejor que el alcohol.

La pelirroja soltó una alegre carcajada. Philips, que sudaba

copiosamente, se volvió en la butaca. Respingó al darse cuenta de que el gigante había desaparecido.

—Anita, ¿esa mole humana era auténtica o lo he soñado?

Ella se acercó ondulante hasta la butaca, se sentó en sus rodillas y abrió la bata. El dinero había desaparecido ya de su atractivo escote. Con el pecho izquierdo rozó la mejilla de Philips.

—Vamos, querido, tienes que olvidar este mal trago —susurró incitantemente.

—El asunto está ahora más claro —dijo Perkins aquella misma noche.

—Wood me ha dicho que podría arreglarse, si Enright quisiera —contestó la joven.

—¿Le has enseñado las fotocopias de los documentos que te envió Logan?

—Sí, indiscutiblemente, me comprometen...

—Bueno, en un proceso llevado a fondo, las cosas no resultarían tan graves como hemos pensado en un principio. Claro que nos enfrentaríamos, sobre todo tú, con muchos problemas, ninguno de ellos agradable. Lo que no entiendo es cómo te permitió Wood firmar esos documentos.

—Él estaba ausente en aquellos días, Enright me avisó que el asunto era urgente.

—¿Hacías caso de las órdenes de Enright?

Mabel hizo un gesto vago.

—La verdad es que yo debiera haberme negado a firmarlos, pero sabía que Enright era el propietario de la firma. No hubiera resultado político negarse a lo que él me pedía.

—Claro, así te comprometía en un asunto del cual eres absolutamente inocente. Y él, a su vez, podía excusarse con sus acreedores.

—Pero les va a pagar mañana —exclamó la muchacha.

—Y eso, ¿qué nos importa? —sonrió Perkins.

—No entiendo.

—Enright pagará mañana al mensajero de la organización. En esta clase de negocios no hay cheques; los pagos se hacen en dinero constante. Por tanto, irá al Banco, sacará el dinero y se lo entregará a Philips.

—¿Y...?

—Pues es bien sencillo. Si a las once de la mañana había en la cuenta un cuarto de millón, es que tú no has desfalcado ese dinero.

—Oh... —Mabel se puso las manos en las mejillas—. Ahora lo entiendo...

—Me alegro —sonrió el joven.

—¡Stuart, aun así, faltarán veinte mil dólares! —exclamó ella súbitamente.

—A las nueve de la mañana, estaré yo en el Banco y haré un ingreso de veinte mil dólares.

Los ojos de Mabel se humedecieron.

—Stuart... —gimoteó.

Perkins tomó una de sus manos y la palmeó suavemente.

—Lo que interesa es que esto salga adelante —dijo.

—No sé cómo podré pagarte...

—Ya me has pagado, accediendo a mirarme.

Mabel se esforzó por sonreír.

—¿Todavía te sigues considerando sapo?

—En cierto modo, dejé de serlo el día que vacié dos tinteros sobre la cabeza de Webster —contestó él.

—Estabas harto, sin duda.

—No. El empleo me gustaba y tenía un buen sueldo. Incluso conseguía sortear las intemperancias de mi jefe, pero aquel día, no sé por qué, me puse furioso. Webster no tenía razón y exploté, eso es todo.

—Me hubiera gustado verlo por un agujero. Debió de ser divertidísimo.

—Al menos, resultó providencial.

—¿Por qué?

—Aquella noche, me emborraché y gané sesenta mil dólares. Luego me tuve que quedar en la cama. Si hubiese hecho mi jornada habitual, tú no habrías podido refugiarte en mi apartamento.

Mabel se puso colorada.

—Me desnudé delante de ti y luego me metí en tu cama...

Perkins se puso en pie.

—¿Adónde vas? —se extrañó la muchacha.

—A casa —respondió él.

—Pero...

—No quiero seguir aquí ni un minuto más.

Ella sonrió, sin despegar los labios.

—Una vez dije que eras un chico maravilloso. No quito ni una sola letra, Stuart. Pero, al menos, te permitiré que me beses.

Perkins dudó un instante. Dio un paso, dos... y retrocedió.

—No. Hoy, no —dijo—. Trata de entenderme, Mabel.

—Sí, querido, te comprendo perfectamente y prefiero que sea así —contestó ella.

Pero al quedarse sola se dijo que no hubiese protestado en absoluto si el joven hubiese mostrado más... acometividad.

CAPÍTULO XI

Sentado tras el volante de su coche, Perkins consultó su reloj de pulsera. Hacía ya mucho rato que aguardaba frente al Banco.

Los veinte mil dólares habían sido ingresados en la cuenta de Enright. Ahora sólo faltaba aguardar a que Enright extrajera el dinero y se lo entregase a Philips. Inmediatamente, iría a un juez y presentaría una demanda en debida forma. La acusación contra Mabel caería así por su base.

Un coche se detuvo diez minutos antes de las once. Enright y Philips se apearon del vehículo y entraron en el Banco. Satisfecho, Perkins encendió un cigarrillo.

Transcurrieron algunos minutos. De pronto, otro coche se detuvo ante el de Enright. Perkins frunció el ceño.

El vehículo estaba ocupado por dos sujetos que le resultaron desconocidos. Ambos usaban gafas de color. Uno de ellos tenía bigote, de grandes dimensiones. El otro usaba barba, espesa y corta, con bigote no demasiado frondoso.

Los dos sujetos conversaron breves instantes. Luego, uno de ellos se apeó y se inclinó sobre la rueda delantera derecha. Casi en el mismo instante, Enright y Philips salían del banco.

El mensajero llevaba en la mano izquierda un maletín tipo ejecutivo. Sonreía satisfecho, apreció Perkins.

Enright alargó su mano derecha. Philips la estrechó. El joven adivinó el sentido de las palabras que se cruzaban entre los dos hombres. «Ya ve que siempre cumplo mis compromisos», debía de decir Enright, «Eso es bueno, porque el que paga, siempre puede contar con nosotros», respondió Philips seguramente.

Todavía estaban las dos manos unidas, cuando el sujeto que se había apeado del coche dio dos pasos hacia adelante. Perkins se enderezó tras el volante.

Presintió la tragedia. El hombre tenía ya una pistola en la mano.

Apoyó la boca del arma en el pecho de Philips y apretó el gatillo varias veces, en rápida su cesión.

Philips empezó a tambalearse, mientras Enright daba un salto hacia atrás. El asesino alargó la mano izquierda y se apoderó del maletín. Luego corrió hacia el coche y se tiró casi de cabeza al interior. El otro hizo arrancar el vehículo casi de inmediato.

La confusión era espantosa. Hombres y mujeres corrían en todas direcciones. Por un instante, Perkins se sintió tentado de seguir al vehículo en que viajaban el ladrón y su cómplice. Pero era algo inútil; era sólo un conductor normal, no un hombre capaz de jugarse la vida manejando un automóvil a velocidades suicidas.

Además, aquél era un asunto entre hampones. Lanzó una mirada a Philips, que se desangraba en el suelo. «Quizá le han hecho conocer el sabor de la muerte», pensó. ¿A cuántos habría él hecho lo mismo, antes de morir acribillado a balazos?

Un coche de patrulla, blanco y negro, se detuvo, con gran estridencia de la sirena y destellos de luces del techo. Enright, desmadejado, se apoyaba en su automóvil, Perkins dio el contacto y se alejó lentamente de aquel lugar.

Sonó el teléfono. Schaffer levantó el aparato, escuchó un momento y luego se lo tendió al joven.

—Para ti, Stuart.

Perkins arqueó las cejas. Cogió el aparato y preguntó:

—¿Quién?

—Quizá no se acuerda ya de mí. Le hice ganar sesenta mil dólares no hace mucho, señor Perkins.

—Ah, es «El Honesto Bamett»...

—El mismo. Señor Perkins, creo que tengo buenas noticias para usted.

—¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—El caballo, naturalmente.

Al otro lado de la línea sonó una estruendosa carcajada.

—No se trata de un animal de cuatro patas —respondió Jacobson—. De todas formas, si quiere un seguro ganador, en la tercera de mañana, anote este nombre: «Crazy Dog».

—Bueno, hombre, apúnteme quinientos «pavos». Pero, dígame, ¿de qué se trata?

—Enright.

Perkins guardo silencio un instante.

—¿No me ha oído? —preguntó Jacobson.

—Le he oído perfectamente. Pero ese sujeto ya no me interesa...

—Yo creo que sí. Venga a mi despacho, se lo ruego.

—¿No puede decírmelo por teléfono?

—Hay cosas que sólo se pueden decir personalmente.

—Está bien —se resignó Perkins—. Trataré de ir lo más pronto que me sea posible. Hasta luego.

Dejó el teléfono en su sitio y se volvió hacia su amigo.

—Tengo que salir, Rick —anunció.

—¿Qué le digo a la chica si llama, Stuart? —consultó Schaffer.

Perkins se mordió los labios. Era extraño; Mabel no había dado señales de vida en todo el día.

—Dile que estaré en casa de vuelta a la hora de la cena —contestó.

—Muy bien.

Veinte minutos después, Perkins entraba en el despacho del apostador profesional, lujosamente decorado. Jacobson le ofreció de inmediato un vaso, con *whisky*.

—Los negocios marchan bien —observó el joven.

—No puedo quejarme —sonrió Jacobson—. Ya he hecho la apuesta de quinientos por usted. «Crazy Dog» está ocho a uno.

—Si gano, tendré cuatro mil dólares.

—Claro. Perkins, ¿se ha enterado de lo ocurrido ayer por la mañana en el Banco?

Los ojos del joven miraron a Jacobson por encima del borde de su vaso.

—Sí —contestó.

—Fue un truco.

—¿Cómo?

—No eran unos vulgares ladrones, como declaró Enright a la policía.

—Creo que entiendo —murmuró el joven.

—Enright sacó un cuarto de millón y se lo pagó al mensajero. Luego, uno de sus hombres, previamente advertido, esperó la salida de los dos hombres, disparó contra Philips, le quitó el maletín y escapó.

—Y de este modo, Enright considera cancelada su deuda con la organización.

—Exactamente.

—Pero eso ya no me interesa a mí en absoluto —manifestó el joven—. Para mí, lo importante era exonerar a la señorita Chilton.

—Aguarde, hombre —pidió el apostador, sonriendo sibilantemente—. ¿Recuerda a Ben Rounders?

—Sí, aunque me parece que no tiene nada que ver en este asunto.

—Sólo en apariencia. Ben fue el culpable, con otro tipo, del fracaso de Enright con el asunto de la droga. Por eso murieron los dos; Ben, en un supuesto accidente de automóvil.

—¿Quién era el otro?

—Chaffee.

—O sea, fue Enright...

—Sí. El asunto le iba a costar un millón. Bueno, hasta ahora, ya había tenido que pagar tres cuartos de millón. Óigame, Perkins, yo manejo sumas muy elevadas y tengo un negocio importante, pero si ahora tuviera que pagar un millón de dólares, sin obtener ningún beneficio, iría de cabeza a la quiebra.

Perkins asintió.

—Y eso es lo que le ha sucedido a Enright —dijo.

—Exactamente.

—Pero hay otros puntos que no están lo suficientemente claros.

—¿Por ejemplo?

—Logan y su chica.

Jacobson sonrió.

—Logan fue un incauto que no pensó nunca que su jefe le traicionase. En realidad, Enright no ha sido jamás hombre de mi confianza. Nunca apostó, pero si hubiese venido a mi casa, le habría pedido el dinero por adelantado.

—Comprendo. Utilizó a Logan y luego se deshizo de él...

—Y de Linda, porque temía que Logan le hubiese contado cosas que no le gustaba se divulgasen.

—De acuerdo, pero ¿qué me dice de Kelly Jones?

—Para ese asesinato, no tengo explicación adecuada. Quizá pueda dársela el propio Enright.

Perkins se sorprendió al oír aquellas palabras.

—¿Yo? —exclamó—. ¿Por qué he de irle a pedir explicaciones a ese sujeto? ¿Qué me importa ya lo que pueda hacer a partir de este momento? Bamett, ¿tiene ganas de que Enright me pegue un tiro?

—Usted irá a verle —sonrió el apostador—. Primero, Enright ha sacado un pasaje de avión para Río. Su vuelo es el 332 y el despegue está señalado para las doce de la noche.

—Buen viaje —dijo Perkins irónicamente.

—Segundo, su chica está en estos momentos en casa de Enright. El joven sintió que se le paralizaba el corazón.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó, casi a gritos.

—Me lo acaban de telefonar, Lo supe un minuto justo antes de que usted entrase por esa puerta —respondió Jacobson, a la vez que se disponía a encender un grueso cigarro.

—No lo puedo creer...

—Es rigurosamente cierto, Perkins. Desde ayer, tengo amigos que están vigilando cada uno de los pasos que da Enright.

—Kelly Jones era el hermano de mi mujer.

—Y el contable privado de Enright.

—Kelly empezaba ya a sentirse a disgusto con Enright. Aunque no había sido demasiado explícito conmigo, había insinuado detalles que yo no podía pasar por alto. No voy a decir que Kelly fuese un santo, pero tampoco merecía una bala como pago a la fidelidad que, hasta entonces, había demostrado a ese canalla.

Perkins miró fijamente a su interlocutor, que parecía muy interesado en conseguir que el habano tirase bien.

—Usted quiere utilizarme como instrumento de venganza —adivinó.

—Si le he engañado en algo, venga luego a verme y rómpame las narices. O puede encomendárselo a ese amigo suyo que no parece nacido en este planeta.

Perkins no dejó de captar la frialdad que encerraban aquellas palabras. Indudablemente, Jacobson era sincero.

—Quizá haya algo más —supuso.

—Sí. Mi negocio es el mejor de la ciudad en su clase, y lo es, sencillamente, porque soy honrado. Enright quería apoderarse de él y tenerme a mí como simple empleado.

—Está bien. ¿Puedo utilizar su teléfono?

—Claro —sonrió Jacobson.

Perkins levantó el aparato. Schaffer respondió a los pocos segundos.

—Rick, soy Stuart —dijo el joven—. Aguárdame en la puerta de casa dentro de diez minutos.

—De acuerdo.

El teléfono volvió a su sitio. Perkins volvió a mirar al apostador.

—Usted va a sacar un beneficio de todo esto —dijo.

—¿Por qué no? —contestó Jacobson cínicamente—. Estamos en un mundo donde no existe la piedad. Unos ganan y otros pierden. Yo estuve a punto de perder, pero ahora voy a ganar.

Perkins se encaminó hacia la puerta.

—No tengo más que dos manos —advirtió.

—Y las de su amigo el gigante.

El joven dudó un segundo. Luego abrió la puerta y se lanzó fuera de la habitación. Había concebido una sospecha de forma súbita y, si era cierto, volvería allí para darle un buen puñetazo en las narices al apostador.

—Actuaremos en la forma acostumbrada —dijo Perkins, al detener el coche frente a la residencia de Enright.

—Muy bien —contestó Schaffer.

—Yo iré primero. Deja pasar diez minutos. Si en ese momento me ves que saco un pañuelo, empieza a buscar a Mabel por todas partes. Rompe las puertas que sea preciso, ¿comprendes?

—O. K. Ve tranquilo, Stuart.

Perkins abandonó el vehículo y cruzó el jardín. Dio la vuelta a la casa. Enright estaba junto a la piscina, leyendo el periódico con toda tranquilidad.

Sewell y Cox no aparecían a la vista. Angustiado, se preguntó si estarían torturando a Mabel en alguna habitación de la casa.

Enright levantó la vista del diario al oír sus pasos.

—Hola —dijo con frialdad.

Perkins agarró una silla y se sentó a horcajadas frente al sujeto.

—Lo sé todo —declaró.

—No me diga —se burló el sujeto.

—Sé lo de Ben Rounders y lo de Puck Chaffee. Aunque usted lo niegue, fueron asesinados por orden suya.

—Sería un poco difícil demostrarlo, ¿no cree?

—Quizá Dowley acabe por hablar. Todavía está en la cárcel.

Enright se encogió de hombros.

—Eso no me preocupa en absoluto —contestó—. Dowley no podrá probar sus acusaciones, si es que se decide a hacerlo.

—Es posible, pero también hay más cosas contra usted.

—No me diga.

—Dowley mató a Logan y le quitó los documentos, para enviárselos por correo a Sewell. Pero esos documentos están ahora en su poder.

—Tiene usted una fantasía que le hace ver cosas que no han existido jamás...

—El día en que estuve a verle aquí y, aparentemente, le abandonaron sus esbirros, no hizo sino desempeñar una comedia. Sewell y Cox nunca le han dejado.

Enright sonrió.

—¿Adónde quiere ir a parar, Perkins? —preguntó.

—Logan murió por la cuestión de los documentos sustraídos a Mabel Chilton. En realidad, el dinero nunca le ha faltado. Usted siempre dispuso de esa suma. Pero no quería entregarla a sus acreedores.

—No tengo acreedores —contestó Enright orgullosamente.

—Muerto Philips, usted no tiene acreedores. Usted ya le había pagado el último cuarto de millón que debía a su organización. Pero los jefes de Philips no son tontos y considerarán que la deuda sigue pendiente.

Enright palideció.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—Me lo dijo el propio Philips la víspera de su muerte.

CAPÍTULO XII

Mientras Enright, sumamente nervioso, se servía una copa, Perkins se preguntó dónde podría hallarse la muchacha. «Si le ha hecho algo malo...», pensó.

—No le creo —dijo Enright al cabo—. Hay cosas que no se divulgan a los extraños. Perkins sonrió.

—A veces, los extraños consiguen resultados que los propios son incapaces de lograr —contestó—. Le aseguro que Philips habló. Usted se metió en un asunto de drogas, por valor de un millón, y fracasó, por culpa de Rounders y Chaffee. Había tenido que pagar ya tres cuartos de millón, pero aún le faltaban doscientos cincuenta mil dólares. Sabe también que la organización no perdona a los morosos. El fracaso de esa operación le había dejado completamente en la ruina y el cuarto de millón que le quedaba era su única solución.

»Pero había que entretener a la organización, a fin de que usted tuviera tiempo de realizar el plan que se le había ocurrido. Seguramente, les habló del desfalco en su negocio legal, lo que le impedía, por el momento, cancelar la deuda totalmente. Tal vez le alargaron el plazo de pago, pero usted sabía que la cosa no podía durar eternamente.

»Estoy seguro de que en los últimos tiempos, usted se dedicó a rebañar *el* fondo del barril, quiero decir liquidar todos sus negocios, porque la situación se le había hecho insostenible. Eso explica la muerte de Kelly Jones, quien, con toda seguridad, había empezado a oler a chamusquina. El pretexto del desfalco hecho por Mabel Chilton le servía a usted a las mil maravillas, para justificar el crimen.

—Puede que sea como dice, Perkins, pero ¿tiene alguna prueba de cuánto afirma?

—No —contestó el joven—. No soy policía ni me importa lo que

haya hecho, salvó lo directamente relacionado con Mabel. Bueno, quizá la muerte de Linda Clancy...». Esa pobre mujer murió asesinada por saber algo que a usted podía comprometerle. En cuanto a Logan, era un tipo que debía acabar como acabó. Un día u otro, alguien le hubiese pegado cuatro tiros. Fue un estúpido; usted lo utilizó a su conveniencia y luego lo eliminó, arrojándolo como si fuese una toalla de papel ya usada.

»En todo momento, lo admito consiguió, desviar las sospechas que podrían recaer sobre usted. Pero cuando supe lo de su negocio fracasado con las drogas, en el que perdió un millón, empecé a darme cuenta de que no había, no podía haber más que un culpable.

Enright se reclinó en el asiente y miró burlescamente al joven.

—Es usted un maravilloso ejemplo de capacidad deductiva —calificó—. Pero esas dotes no sirven de nada, cuando no se pueden probar los hechos de que me acusa.

—Repito que las pruebas no me importan en absoluto, Enright. Cuando otros lo sepan, no necesitarán pruebas para hacerle conocer a usted el sabor de la muerte.

—¿De veras?

—Los doscientos cincuenta mil dólares que llevaba Philips están aquí, en su casa —afirmó Perkins rotundamente.

Enright hizo un amplio ademán con la mano.

—¿Por qué no empieza a buscar ese dinero? —le desafió.

—No me interesa en absoluto. A las once de la mañana del día de ayer, usted tenía en la cuenta de su Banco algo más de doscientos setenta mil dólares. Por tanto, si el dinero estaba en la cuenta, no se había producido el desfalco. Y eso es lo que estimó el juez, al que fui con la demanda pertinente, para evitar cualquier reclamación contra Mabel Chilton, ya que el plazo fijado en los documentos que firmó tan imprudentemente, acababa a las doce del mediodía de ayer.

—Muy inteligente. Si había dinero, no existía el delito. Pero ¿quién añadió los veinte mil dólares que faltaban para completar la suma en litigio?

—Adivínelo —sonrió el joven.

—Fue usted —se admiró Enright.

—Sí. Quiero a esa chica y no me gustaría nada que le sucediese

algo malo.

—Es toda una mujer. Será feliz con ella.

—Eso espero. ¿Dónde está?

Enright se encogió de hombros.

—No lo sé —contestó.

Perkins sacó un pañuelo y se enjugó la frente.

—Hace mucho calor —dijo.

Enright hizo un ademán.

—Aquí tiene hielo y bebidas —invitó, cortés—. ¿Por qué no se sirve algo a su gusto?

—Gracias, aprovecharé la ocasión. —Perkins se puso en pie—. Por cierto, ¿dónde tiene el cuarto de millón?

—No sé de qué me habla...

Perkins puso *whisky* en un vaso chato, añadió tres cubitos de hielo, lo agitó un momento, tomó un sorbo y luego dijo:

—Trata de burlarse de mí, pero no lo conseguirá. Ayer, dos tipos, ambos con gafas de color, que no necesitan en absoluto, y el uno con bigote y el otro con barba, que no usan, estaban en la puerta del Banco, cuando usted salía con Philips. Uno de ellos disparó contra Philips; el otro, aguardaba al volante de su coche, lo que les permitió huir con el maletín que contenía los doscientos cincuenta mil dólares. Ese maletín vino a su casa. ¿Dónde está, Enright?

Durante una fracción de segundo, los ojos del sujeto se dirigieron hacia la piscina. Perkins captó el gesto, pero simuló no haber visto nada.

Con el rabillo del ojo, vio algo más. Sewell y Cox estaban en la gran vidriera que daba a la terraza, medio ocultos por las cortinas. No cabía duda; lo estaban escuchando todo.

Y entonces, Perkins vio también, en una ventana más próxima, a su amigo el gigante. Schaffer tenía juntos, en círculo, el pulgar y el índice de la mano derecha. Era una señal inconfundible.

—Bueno, Enright —dijo—. Esto se ha acabado ya. ¿Por qué retenía a Mabel en su casa? ¿Tal vez pensaba mantenerla encerrada hasta el momento de dirigirse al aeropuerto?

Enright dio un bote en su asiento.

—¿Qué está diciendo? —gritó.

—A las doce de la noche, despega el avión del vuelo 332, con

destino a Río de Janeiro —dijo el joven implacablemente—. Usted tiene un pasaje para ese vuelo, pero, que yo sepa, no ha sacado dos billetes más para sus secuaces.

—¡Eso no es cierto! —aulló Enright.

—Usted sabe que es verdad. Podrá engañar a sus esbirros, pero no a mí. De todos modos, Mabel está ya a salvo. Si se marcha o no a Río, es cuenta suya.

Perkins dejó el vaso sobre la mesa y se retiró un par de metros.

—Sus problemas con otras personas no me interesan —sonrió.

Enright le miraba con la boca abierta. De súbito, Cox y Sewell llegaron corriendo.

—De modo que iba a marcharse, dejándonos en la estacada —gritó el primero.

Enright levantó las manos.

—Esperad, muchachos —suplicó—. Dejad que me explique...

—Nosotros, haciendo todos los trabajos sucios, y él, disponiéndose a disfrutar de la buena vida —dijo Sewell rencorosamente.

De pronto, sacó un revólver y disparó contra Enright, Cox le imitó en el acto. A la vez que hacían fuego, proferían terribles insultos contra el hombre que había intentado burlarse de ellos.

Enright pudo correr unos cuantos pasos, estremeciéndose a medida que los proyectiles penetraban en su enorme cuerpo. Corría junto al borde y, de repente, se ladeó y cayó al agua, levantando un enorme chorro de espuma. Se hundió un poco y luego empezó a flotar, derivando lentamente hacia el centro, boca abajo, con los brazos y las piernas extendidos.

Sewell y Cox parecieron volver a la normalidad. El primero giró la cabeza en todas direcciones.

—Eh, ¿dónde está Perkins?

—¿Qué diablos nos importa eso ahora? —Gruñó Cox—. Vamos, el dinero está ahí. Tenemos que largarnos cuanto antes.

Desde la ventana, Perkins contemplaba la escena. Cox se arrodilló junto al borde y tiró de una cuerda, amarrada a una anilla de hierro. Sewell estaba a su lado. El maletín que contenía el dinero, convenientemente envuelto en una bolsa impermeable, empezó a subir a la superficie.

De repente, los dos matones oyeron pasos a sus espaldas. Antes

de que pudieran volverse, dos manos les empujaron al agua con terrible fuerza. Cox y Sewell, sorprendidos, se zambulleron en el líquido, con gran alboroto de espumas, al emerger, empezaron a blasfemar. Riendo desaforadamente, Schaffer se puso la mano en, una oreja.

—Ya se oyen las sirenas de los coches de patrulla —anunció.

—Esperad aquí —dijo Perkins al anochecer.

Mabel y Schaffer quedaron en el coche. Perkins se apeó, entró en el edificio y se dirigió directamente al despacho de Jacobson.

El apostador se hallaba en aquellos momentos, con dos de sus empleados. Al ver a Perkins, sonrió, al mismo tiempo que hacía un gesto.

—Déjennos solos, muchachos.

Los empleados salieron. Jacobson movió la cabeza.

—He oído las noticias por la radio —manifestó.

—Entonces, ya, sabe lo que ha ocurrido —dijo Perkins.

—Sí. Le felicito, ha hecho una buena tarea.

—Bamett, esta vez ha traicionado usted a su apodo.

—El sobrenombre se refiere únicamente a la profesión —contestó Jacobson jovialmente.

—Hizo que Mabel se metiera en la boca del lobo, mediante una falsa llamada.

—Era la única forma de obligarle a acudir a casa de Enright.

—¿Pensaba tal vez que yo iba a liarme a tiros con aquel repulsivo sujeto?

—No, pero sabía que pensaba abandonar a sus compinches. Me imaginé lo que sucedería si usted lo hacía *público*. A usted, le creerían. A mí, no; ésa era la diferencia.

—Le salió bien, Bamett.

—Incluso avisé a la policía —dijo el apostador, satisfecho.

—Está bien. Me utilizó, pero no me importa. Venga, Bamett, quiero recordarle algo. Jacobson se levantó, Perkins disparó su puño y lo estrelló contra la nariz del apostador, que retrocedió, hasta chocar contra la mesa.

—Se lo prometí —añadió el joven, a la vez que se dirigía hacia la puerta. Jacobson sacó un pañuelo y se lo puso sobre la nariz, Sin embargo, levantó la mano—. Perkins, a pesar de todo, tiene quinientos dólares apostados a «Crazy Dog» —gritó. El joven se

volvió.

—Mételesos en... —De pronto, se echó a reír—. Si «Crazy Dog» no gana la carrera, no intente cobrarme ese dinero.

Jacobson rió bajo el pañuelo.

—Ganará, se lo prometo —aseguró.

Perkins volvió a su coche. Mabel le miró inquisitivamente.

—¿Y ahora? —preguntó la muchacha.

—Vamos a ver a un amigo —contestó él—. Es juez de paz. Casa a las parejas.

—Oh, Stuart... —Así, con estas ropas, sin traje de novia...

—Mabel, o vienes ahora conmigo al juez de paz o te echo fuera del coche. Ella sonrió.

—La elección no ofrece duda —contestó.

Mucho más tarde, tiernamente abrazados en la oscuridad del dormitorio, Mabel lanzó un hondo suspiro.

—Stuart, ¿siempre te portas así? —preguntó.

—Depende de la «partenaire» —respondió él.

—Bien, pero, a partir de ahora, tu única «partenaire» seré yo —exclamó Mabel.

—No lo dudes, princesa.

—Me tienes en tus brazos. Siempre lo deseaste, ¿no?

—Pero me parecía un sueño...

Ella le mordisqueó el labio inferior.

—El sapo se ha convertido en un gallardo príncipe —dijo cálidamente.

—¿Lo crees así?

—He tenido ocasión de comprobarlo, querido.

—Encanto, esas ocasiones se van a presentar con mucha frecuencia.

—Siempre que lo desees, Stuart.

Perkins la atrajo hacia su pecho. Ella suspiró y se acurrucó en sus brazos. Tardaron mucho en dormirse.

Por la mañana, alguien tocó en la puerta con los nudillos.

—Eh, Stuart, despierta; tiene visita —gritó Schaffer.

El joven bostezó y se puso en pie. Buscó la bata. Mabel, lánguidamente, alargó un brazo:

—Vuelve pronto, cariño —solicitó, mimosa.

—Perkins la miró un momento y sonrió.

—Enseguida, princesa —dijo.

—No me llames princesa. Ahora soy la señora Perkins. Me gusta mucho más.

—A mí también, muñeca.

Cuando llegó a la sala, se llevó una gran sorpresa.

—¡Señor Webster!

El hombre tenía su sombrero en las manos y lo hacía rodar, inseguro y nervioso.

—Amigo Perkins...

—¿De veras me considera su amigo? —preguntó el joven maliciosamente.

—Conviene admitir los errores —dijo Webster—. El orgullo solo sirve para aumentar la magnitud del fracaso.

—Es cierto —admitió Perkins—. Pero, no sé a qué viene eso...

—Usted tenía razón. La operación había sido realizada correctamente.

—No parecía pensar así aquel día, señor Webster.

—Lo sé. Por eso he venido a disculparme Y también a ofrecerle de nuevo su puesto, con un sustancioso aumento de sueldo y más libertad de acción. Su criado me ha dicho que se casó anoche.

Perkins sonrió.

—No es mi criado, sino mi amigo. Y, desde luego, me casé...

—¿Cuándo volverá a la oficina? —preguntó Webster ávidamente.

—Hombre, estoy en mi luna de miel.

—Le felicito —dijo Webster calurosamente, a la vez que echaba mano a su billetera. Sacó un papel de forma rectangular y lo puso en las manos del atónito joven—. Mi regalo de boda, Perkins. Vuelva por la oficina dentro de un par de semanas.

Webster se marchó, Perkins contempló la cifra escrita en el cheque y silbó ligeramente.

—No está mal —murmuró—. Cinco mil «pavos».

Schaffer agitó una mano.

—Tengo que hacer algo —se despidió.

Perkins estuvo un momento inmóvil. Dobló el cheque, lo puso en su billetera y luego regresó al dormitorio.

Mabel se agitó bajo las sábanas.

—¿Quién era, Stuart? —preguntó con voz soñolienta. Perkins se

metió en la cama y la atrajo hacia sí.

—Vuelvo a mi empleo —dijo, entre beso y beso—. Me aumentan el sueldo.

—Oh, cariño...

—Princesa, a partir de ahora tendrás que aprender la profesión de ama de casa —dijo él.

Mabel le abrazó fuertemente.

—Hay una forma de empezar a ser ama de casa —dijo.

—¿Cuál, encanto?

—Primero, es preciso ser buena esposa... siempre que el marido sepa cumplir con sus obligaciones conyugales...

—Espera un momento y verás lo que es bueno —rió Perkins.

Besó ardientemente a la joven. Los labios de Mabel sabían a vida.

FIN

¡Una fabulosa selección de
los mejores relatos del viejo
y salvaje Oeste!

BISONTE
Serie Roja

BISONTE
Serie Azul

ASEGURE
SU
EJEMPLAR

BUFALO
Serie Roja

BUFALO
Serie Azul

*las populares colecciones en
cada uno de cuyos volúmenes, los
más famosos autores del género
le ofrecen lo mejor de su larga
carrera de éxitos.*

CALIFORNIA

COLORADO

SALVAJE TEXAS

KANSAS

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 30 PTAS.

